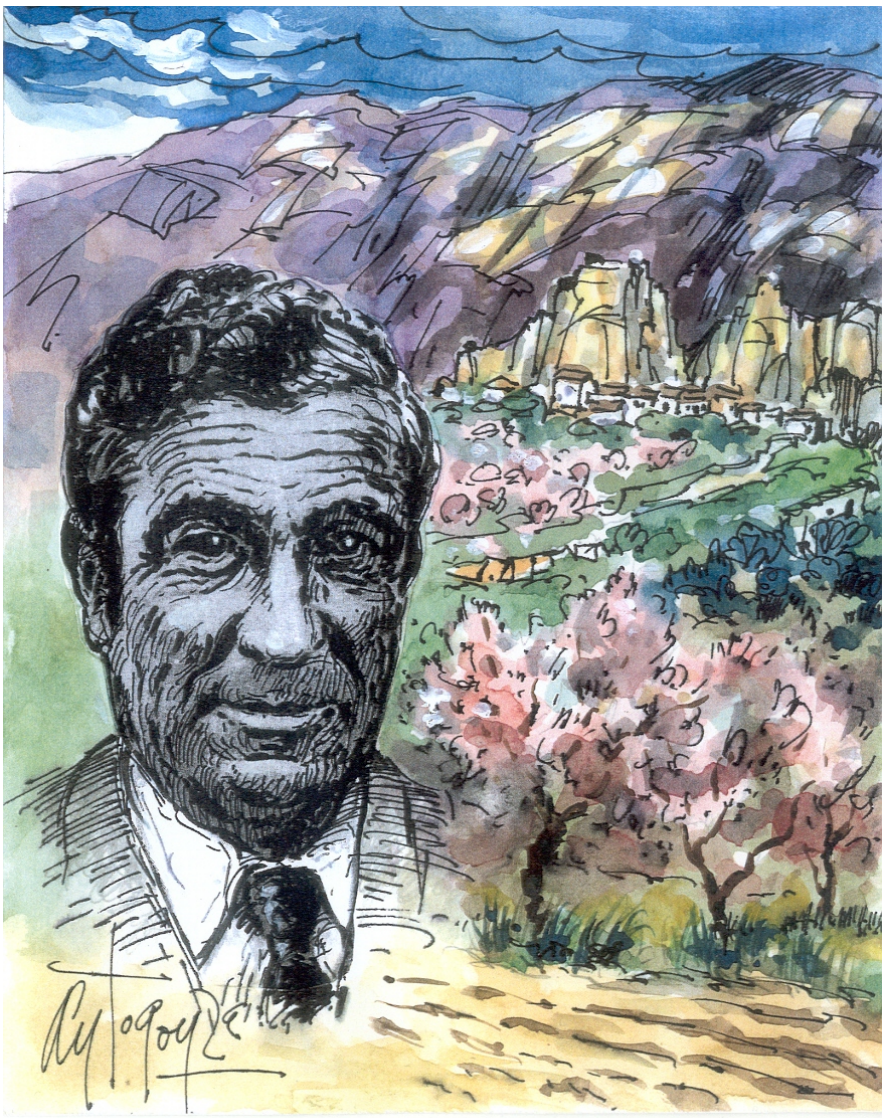
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



Homenaje a MANUEL MOLINA con ilustraciones de Antogonza

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€

Nº 21 marzo 2011

AUCA

© De los textos y las ilustraciones: los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Juan Vicedo

Consejo asesor : Julia Díaz Climent, Inmaculada Méndez, Trinitario Rodríguez, Mª Isabel Pintos, Mercedes Rodríguez, Lucía Espín Martínez, Francisco Alonso Ruiz Pérez, Salvador Serrano.

Colaboradores : Cecilio Alonso, José Antº Suarez, Vicente Ramos, Carlos Sahagún, José Carlos Rovira, Mati Bautista, Marilé Molina Varó, Manuel Valero Gómez.

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño : Grupo Cultural Auca de las Letras
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Retrato de Manuel Molina* de Antogonza

Imprime : Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010, S.L. C/Padre Mariana, 15 Bajo. 03004-ALICANTE

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Gravina, 4 –Centro Loyola-. 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
aucadelasletras@hotmail.com

WEB: www.aucadelasletras.es

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE	AUTOR	pág
Presentación	Colectivo	2
Frente al mar	Carlos Sahagún	3
El benjamín de la Tahona Fenoll	Vicente Bautista Belda	4
El vulnerado canto	Manuel Parra Pozuelo	6
De lo popular antagónico y sincero en Manuel Molina	Manuel Valero Gómez	8
Manuel Molina. Poesía y fidelidad	Vicente Ramos	12
Los versos que sangraron tus heridas	Lucía Espín	13
Manolo Molina en el recuerdo	José Carlos Rovira	14
Si Manuel, si Miguel	Julia Díaz Climent	15
Manuel Molina: su intervención en la superación del aislamiento cultural gracias a las revistas poéticas de posguerra	Manuel Parra Pozuelo	16
Manuel Molina: un recuerdo y un poema	Antonio Gracia	21
Escaleras cromáticas	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	23
POEMAS de Manuel Molina con ilustraciones de Antogonza	Manuel Molina y Antonio González	25 a 38
Quiero recordar tu figura y me alumbran, entonces, igual que fogonazos, tus recuerdos	Marilé Molina Varó	39
Manuel Molina	Inma Méndez-Alféizar-	40
Miguel Hernández y Manuel Molina. Una amistad en dos tiempos	Cecilio Alonso	41
Visita a Manuel Molina, poeta amigo	Alumnos del CP San Fernando	46
La Pipa	Francisco Alonso Ruiz	47
Conversaciones con Maruja Varó	María Rosario Mohinelo	48
El mundo poético de Manuel Molina	Juan Vicedo	55
Así	Julia Díaz Climent	56
Las fiestas de Moros y Cristiano en la poesía de Manuel Molina.	Francisco Alonso Ruiz	57
Sinfonía rota	Airam Lebasi	58
Fotogramas en re mayor	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	59
Sonetos. Selección	José Antonio Suárez	62
Un poeta del siglo XX	Airam Lebasi	66
A la desarbolada Generación del 50	Maite Bautista	68
Soneto a Manuel Molina	Manuel Parra Pozuelo	69
Homenaje póstumo a Manuel Molina	Francisco Alonso Ruiz	70
Se nos fue Manuel Molina	Francisco Alonso Ruiz	71

PRESENTACIÓN

Si realizar un número monográfico de nuestra revista es siempre un reto, en el caso de Manuel Molina los lazos de amistad que los integrantes de nuestra asociación mantenemos con sus familiares han hecho aún más arriesgado el empeño ¿Por qué, cómo justificar las insuficiencias y limitaciones de nuestro trabajo ante aquellos a quienes tanto apreciamos?

Es de justicia agradecer muy sinceramente las generosas colaboraciones que tenemos el privilegio de incluir en estas páginas. En primer lugar, el magnífico poema de Carlos Sahagún que, en sus sentidos versos, dejó un imperecedero testimonio de hermandad y solidaridad con Manuel Molina.

El texto de Vicente Bautista Belda (facilitado por su hija, nuestra amiga Mati Bautista, que también aporta a la revista un poema propio) nos traslada a los momentos en los que Manuel Molina conoció a Miguel Hernández y quedó para siempre fascinado por la hondura de su personalidad y la belleza de su poesía. Manuel Valero Gómez nos aporta un profundo y revelador estudio sobre el poeta, partiendo de aquel verso suyo en el que se autodefinió como “antagónico y sincero”. La sabiduría y el afecto de Vicente Ramos hacia Manuel Molina se manifiestan nítidamente en el artículo titulado “Poesía y fidelidad”, en el que analiza y constata tanto la dedicación a su obra poética como el trabajo de recuperación y difusión de la de su amigo y maestro Miguel Hernández. La entrañable y antigua relación de José Carlos Rovira con el poeta se transparenta en las evocadoras palabras de su artículo titulado “Manuel Molina en el recuerdo”, que nos retrotraen a los lejanos días de los años cincuenta y sesenta en los que las palabras nacían susurradas en las estremecidas calles de Alicante. En su erudita colaboración, Cecilio Alonso, cuya estimación y amistad con Molina viene de lejos, y que, como es sabido, es el editor de sus “Versos escogidos” –edición que tanto ha contribuido a la permanencia de la obra del poeta frente a interesadas versiones-, resalta la desprendida labor de Manuel en orden a la difusión y valoración de la obra de Miguel Hernández.

También es un privilegio poder ilustrar los versos de Manuel Molina con las inigualables creaciones pictóricas de Antogonza, de quien dejó escrito Manuel Catalán al caracterizar la obra del artista: ”El alma es tu pincel”. En esta ocasión no cabe duda de la sintonía entre los colores y las líneas del pintor y las palabras y los ritmos del poeta. Ambas expresiones artísticas dejan traslucir una idéntica vibración del espíritu. Nuestro más profundo agradecimiento a Antonio por la calidad y cantidad de sus aportaciones que tanto embellecen las páginas de nuestra revista.

Nos emocionan las entrañables palabras con las que Marilé Molina evoca la imagen de su padre y nos permiten comprobar el cariño imperecedero de una hija orgullosa de los recuerdos de su infancia. Desde la amistad de Manuel Molina, Antonio Gracia pone ante nuestros ojos aquella personalidad que si no gozó del reconocimiento merecido, fue, quizá, por vivir alejado del “rompeolas de todas las Españas”. El magisterio de José Antonio Suárez, decano de los poetas alicantinos, se pone de manifiesto en los sonetos que merecidamente obtuvieron el premio Manuel Molina del Ateneo de Alicante, en 1992.

En cuanto a los trabajos de los integrantes de la Asociación Cultural Auca de las Letras, son la expresión y el resultado de la dedicación con que hemos leído y estudiado la obra del poeta, tanto en el taller que durante un trimestre hemos realizado, como en la intimidad de nuestro hogares.

Quisiéramos, como colofón a esta presentación, dejar constancia de nuestro afecto y gratitud hacia Maruja Varó, esposa del poeta, y su apoyo incondicional e imprescindible a lo largo de los años, quien con ilimitada generosidad, ha puesto a nuestra disposición sus recuerdos más personales y entrañables.

Como no podía ser menos tratándose de Manuel Molina, el azar ha querido que esta revista se presente el 28 de Marzo, fecha del fallecimiento de Miguel Hernández, a cuya figura siempre estuvo vinculado nuestro homenajeado.

Palabras frente al mar

I

Aquel pequeño azar que ensombreció diciembre
no interrumpió el invierno. Frente al mar que regresa
aquí, donde el instante se disuelve en los siglos,
tú (1) y yo, supervivientes de un país que no existe,
apasionadamente, seguimos conversando,
mientras la espuma, a ráfagas se deshace en la orilla.

¿La espuma o la ceniza? Agua y fuego confunden
los límites oscuros de la memoria. Hablamos
y las palabras llegan desde mil lejanías,
mueven brumas salobres y recuerdos sepultos
y, entre el aire y la arena, tienden su red nocturna
para entregarnos sólo imágenes errantes,
restos ya del naufragio: una luna sangrienta
y el rotundo silencio que cae tras los disparos,
y Miguel marchitándose por cárceles sombrías,
y el lento ayer desierto, los años, abolidos,
su pura certidumbre que hoy no defiende nadie.

II

Apasionadamente seguimos conversando,
ebrios de mar y noche, y el tiempo es nuestro idioma.
(Acaso lo más triste no fue perder la guerra
sino vivir ya siempre condenados a hablar
casi en secreto, a solas, desde el pasado infausto,
desde lo transitorio que es ya lo duradero.)

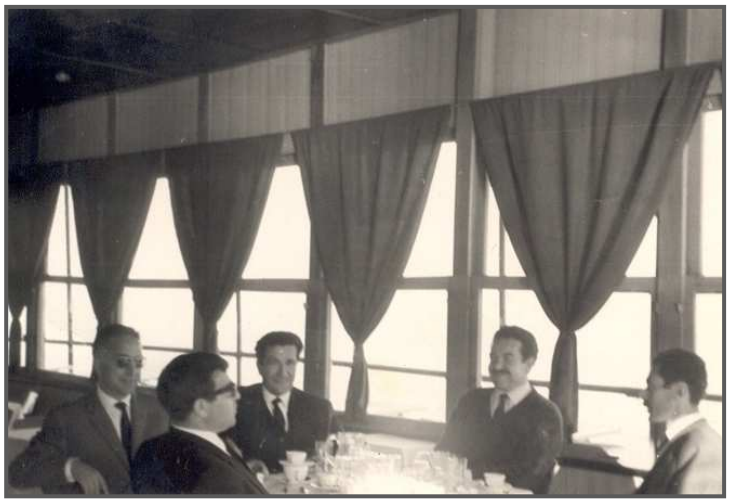
Esta historia a destiempo, fragmentada y dispersa,
este invisible espacio de realidad y ensueño,
conforman nuestro mundo, vivo como las sombras
que van cediendo en torno, desvelando en nosotros
otro ayer resurrecto. Como leve sonido
ya todo se diluye en luz de amanecida
y en la playa entreabierta vagamente escuchamos
un rumor trasparente de olas y muchedumbre,
y la vida se llena de juventud y aroma,
y la costa extendida nos pertenece pura,
y vuelve a ser catorce de abril en la conciencia.

Intemporales, altas en el azul profundo,
vuelan aves marinas sobre los litorales.

Carlos Sahagún

(1). Quien acompañaba al poeta en su evocador paseo junto al mar y al que dirigía sus palabras era, sin duda, su entrañable amigo Manuel Molina, que, otras veces, aparece en el poema, integrado en formas pronominales plurales.

EL BENJAMÍN DE LA TAHONA FENOLL



El próximo presente es la semilla
de un mañana mejor que se avecina
Para el plato, el pan y la cocina,
la mesa, el mantel y hasta la silla.

No en la región de lo sublime, sino en un modesto piso de la calle Maestro Marques, reside el autor de la zarzuela "Plato del día" y Anillos de oro". Le tengo sobre mi mesa en una foto de prensa, recibiendo un premio en los juegos florales de Jumilla, y me trae a la memoria el Bar Club en el que se denostaba contra el fallo Equis al poeta Zeta y a esa alquimia transformadora del esfuerzo del hombre en billetes de banco, que los fuertes reparten a sus felibres que cantan al océano sin agua de la poesía pura y preciosista, que decía Unamuno.

Manolo dice en una entrevista, que tendría doce o trece años cuando me hizo cosquillas el primer octosílabo. Despertó en mí una inquietud que lleva camino de no abandonarme nunca. Mi vecindad hogareña con la tahona de Carlos Fenoll donde, a la vez se cocía el mejor pan de Orihuela y se fraguaban versos para la eternidad, me aficionó de tal manera a la verdad poética, que han sido vanos todos los intentos que he realizado para apartarme de ella... Hace unos veinte años que escribo versos y, sin embargo tengo poco publicado... El único secreto de la poesía es la verdad. El que no tenga el valor para decirla, jamás hará nada en este sentido.

En cuanto al poco interés por la poesía moderna, responde no sentir esa falta que el público, el pueblo, siempre se ha interesado por la poesía verdadera moderna o antigua, porque la poesía es la expresión espiritual de su existencia.

Lo que sucede, hoy, a mi entender, es que hay mucho intrusismo, muchos doctos y sabios que se meten a poetas porque les gusta figurar en el doloroso trono de los elegidos y enturbian, de tal manera, el agua clara y rítmica del verso, que hacen difícil distinguir lo bueno de lo otro.

Manuel Molina no es licenciado ni siquiera; creo es bachiller, pero buscó ese algo durante toda su vida, la pipa en los labios, escribiendo, escuchando música sin confusionismo por mudanza de ideas o comportamientos. Y seguro que piensa como Guillermo Díaz Plaja: "Me horrorizaría ser un hombre inculto, pero acaso más ser un hombre exclusivamente libresco. En esto me siento mediterráneo total, rodeado de realidades vivientes".

Una tarde de verano de 1939 salí del castillo Santa Bárbara con Alberto Coquillat, coronel del ejército republicano, a buscar a Paco García Sempere director de "Arte Joven". Le encontramos con Manuel Molina en el café Central. El segundo libro de Molina fue "Hombres a la deriva" con unos magníficos dibujos de Pepe Gutiérrez y la *frase de Unamuno: "No podemos ser una procesión de fantasmas en viaje de la nada a la nada".*

Entre tantas mayúsculas tiradas a voleo sobre Oleza, Manuel Molina nace en Octubre de 1917, un año de penumbras y conmociones y también de grandes esperanzas. La experiencia en mono de trabajo y lento ir y venir de la apisonadora, frente a los cantos de sirena de una abúlica siesta generalizada, le ayudaron a no cambiar de rumbo, intactito perpetuo de un tiempo con tantas volteretas sentimentales e ideológicas.

Ya lo había dicho Miguel: *"La poesía no es cuestión de consonantes: es cuestión de corazón. Basta de remilgos y empalagos de poetas que parecen monjas confiteras, todo primor, todo punta de dedo azucarado"*

En un estado de excepción cultural y ámbito herrumbroso de cartillas en la cual la de racionamiento no era la más restringida, Molina se sumerge en el verso para respirar aire sin interés amortizable, deliberadamente marginado el hombre con hambre entre ritos y mitos "cuando el viento es una luz desesperada, sobre un campo de nieve mal herida, es una sangre roja y esparcida..."

"Este mi primer libro; un libro elemental y rudo, como yo quisiera ser: legítimo y rebelde como los seres primitivos. Mi obra presente y futura está consagrada al hombre como base fundamental de la existencia. Al pueblo, como único manantial de la poesía". Todos sus libros son actos de fe de esa promesa. Desde el horno de la calle de Arriba hasta culminar su aventura poética, siempre amasó con la misma levadura. Su manera de ser, el amor a los suyos, sus creencias, siguen en el mismo sitio. Físicamente cambia también muy poco. Hay sin duda un cierto desencanto en la esperanza y frente a las palabras de su apasionada conversación, las economiza en su obra por no confiar demasiado en ellas.

"¿Hasta cuando esa jerga sin sentido?"

La espera fue larga, los medios para salir a flote muy cortos, y hubo que aguantar la "costumbre venerable de tanto ser mezquino y cotidiano, que habla y habla sin decir nada. Estoy cansado de oír lo mismo: cada vocablo, hermano de otro vocablo, emparejado a veces en un ismo."

Cuando se le proponía leer literatura del siglo XVIII, decía que no tenía tiempo de leer la del siglo XX. Sin embargo y desde su puesto en la Biblioteca Gabriel Miró, leyó a Maquiavelo y se entusiasmó por Pío Baroja, entonces "maldito".

Es uno de los pocos recursos: el hombre no está solo cuando ama. No puede ser un espejismo esa recóndita ansia de adentrarse en el misterio del amor.

"No sé si es el tiempo, sé que ahora
Brilla en mi vida un pájaro de cielo
Y que toda mi vida es una llama
Febril e incandescente, es una orgía
De corazón sangrante que ama y ama".

Menos mal que teníamos el muro de las lamentaciones del estudio de Gastón Castelló con visitas de Santos Torroella, Abad Miró Rodríguez Albert, Antonio Valencia, Blas de Otero, Lachat, Stella Corvalán, mientras por otras aulas desfilaban Eugenio Montes, González Ruano, Emilio Romero y otros victoriosos.

De tanto en tanto he recibido alguna que otra carta suya, un soneto, la noticia de un viaje... "Tengo confianza en nuestro porvenir inmediato. Estoy trabajando en la historia del Grupo de Orihuela. No pienso nunca olvidar a mis amigos aunque no recuerde donde están.

Nuestra existencia ya no pudo ser la misma. La poesía murió en una celda de Alicante. Y la pintura, la música y la gran prosa del mundo sigue agonizando... Pero estamos milagrosamente vivos y la esperanza- dice el pueblo- es lo último que se pierde..."

"Todo mi cuerpo quiere desprenderse
de este servilismo de la hondura
donde tiene el pie para caerse;
pero no puede ser, la tierra obliga
y el corazón no puede con la altura
aunque toda mi alma se lo diga."

(***Vicente Bautista Belda***)
Del libro*"Vega Baja"*

El vulnerado canto

Como en aquel otoño
adolescente, de aquel
Octubre del cuarenta
cuando la paz aquella
de muerte y amargura
nos ahogaba
en plena juventud.
Manuel Molina, *Protocolo jubilar*

Todo arrasó inclemente la tormenta,
la tempestad feroz y despiadada
que fuese tan cruel como violenta.
Miguel luchó junto a la derrotada
enseña de los probos ciudadanos,
la que era, sin dudar, la más amada
en el gran corazón de sus hermanos
aunque tras rejas fuera encarcelada.

Miguel puso su voz, puso sus manos,
junto a los que soñaban anhelantes
con unas más brillantes primaveras
en las que sus trabajos incesantes
tuviesen recompensas verdaderas,
igual a sus esfuerzos tan constantes
que no supieron nunca de fronteras.
Mas Miguel fue en su tierra perseguido
y tratado cruel e infamemente
en esa tierra donde había crecido,

por mucho que su amigo, inútilmente,
que huyese hubiera dicho y repetido
ante el peligro de seguir presente
donde hubiera debido ser querido;
pero Miguel, confiada y ciegamente,
fue atrapado en la red del avispero
y arrastrar se dejó por la corriente
que a morir le llevó a él, el primero
de los poetas de aquel tiempo airado,
trágico y desgraciado por entero.

Miguel, en Alicante, encarcelado;
Manuel, por los caminos, temeroso,
así fue en aquel tiempo desolado,
en que Miguel sufrió aquel afrentoso
calvario de su muerte horrible y cierta.

Y Manuel, afligido y silencioso,
levantó un muro y clausuró su puerta
para que nadie viera que sus ojos
lloraban al amigo y a la yerta
esperanza que, junto a sus despojos,
fue una ilusión tronchada e imposible,
una huerta cubierta ya de abrojos.

Siguió Manuel soñando, incorregible,
con volver a editar al gran poeta,
y frente aquel destino tan terrible
al temor y al cuidado Manuel reta,
y vuelve a estar Miguel en letra impresa,
y entonces no es su verso flor secreta
y su palabra otra vez el aire besa.
Y de nuevo Miguel vuelve a estar vivo
Y aquella negra nube tan espesa
no oculta el brillo del que fue cautivo,
severa y largamente silenciado.
Y es ya, por siempre, el canto más altivo
por la voz de Miguel resucitado,
pujante e inmortal como el olivo.

Manuel Parra Pozuelo

DE LO POPULAR *antagónico* y *sincero* EN MANUEL MOLINA

He nacido antagónico y sincero
Manuel Molina

La poesía de Manuel Molina surge de la propia necesidad que exige el acto poético para que exista. O bien, como dice el profesor Juan Carlos Rodríguez, la poesía justifica su existencia debido a la imposibilidad de separarla de la Historia –perdón por la mayúscula– y por ende, a la inexistencia del sujeto libre.

Ese «yo» en búsqueda, entonces, de sí mismo –precisamente porque no existe– hurga en el laberinto de la forma y la idea a través de los conceptos de memoria, pueblo y naturaleza que Manuel Molina expresa en su poesía. ¿Pero dónde y cómo persigue Manuel Molina aquello que se le huye cuanto más lo persigue?

Primeramente, en la alteridad y lo intangible. Es decir, recurre al *alter*, a la identificación de un «yo» que se sabe propio de un *todos*, del pueblo me refiero. La transustanciación de un *eros primigenio* hacia un *alter ego* grupal definidor de lo que ha de ser y es lo español. No es vana la recurrencia que Molina realiza al origen, a su pueblo, a Orihuela y su geografía cercana, exaltando así su provincianismo de una forma similar a Juan Gil-Albert. *En un pueblo nací, soy pueblerino*, escribe Manuel Molina.

El orgullo de ser –del somos– rebasa los límites erigidos en torno al ser humano. Añade a la ubicuidad de la búsqueda del «yo» un espacio que ya puede ser la naturaleza, la mitificación de un emplazamiento geográfico o, como veremos, la propia sensibilidad del poeta hecha lugar. Si bien el dónde se fundamenta en la alteridad y lo intangible, el cómo describe una dualidad que oscila entre razón y sentimientos como producto de la ideología burguesa clásica insuflada al sujeto[1].

Esta idea nos obliga a descender en nuestro discurso, como consecuencia, a la disyuntiva entre forma e idea en los términos de la obra de Manuel Molina. Que a su vez significa, o se traduce, referirnos al proceso de transformación de su poética desde un principio en el ámbito del parnasianismo hacia el simbolismo. La adopción del paisaje bajo la rigidez de las formas sustituyéndose durante su recorrido poético por la «consumación popular» –palabras de Cecilio Alonso– en una cierta laxitud de éstas.

Una oscilación, por tanto, entre las dos corrientes fundamentales del modernismo y constitutivas de éste que se encuentran entrelazadas en contadas ocasiones en la obra de Manuel Molina. Dicha excepcionalidad es el punto álgido que la poesía de Molina alcanza, el hallazgo de un modernismo en plenitud que plasma en la *forma eidética*[2]. Ejemplos de la fusión entre forma e idea los encontramos en los poemas de *Protocolo jubilar* (1982) "Memorial del júbilo", "Memorial de la madre" o "El barro de la Vega", así como en "El pueblo aquel" de *El suceso* o "El barrio aquel tenía…" de *Coral de pueblo*.

Esta plenitud poética que alberga la obra de Manuel Molina es deudora de una ruptura imprescindible y coetánea en su contemporaneidad de principios de siglo. La Guerra Civil española supone una inflexión decisiva en la consecución de las composiciones de mayor calidad del autor y nacimiento del concepto de pueblo.

Cecilio Alonso explica la irrupción como poeta de Manuel Molina debido a la *frustración histórica que supuso la Guerra Civil española*. Y el aprendizaje de ésta, sin lugar a dudas, es una ética y una estética de lo popular que dará término a la conformación de su

[1] Juan Carlos Rodríguez, *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*, Akal, Madrid, 1974

[2] Juan Ramón Jiménez lleva a cabo el distingo entre forma e idea paralelamente a las corrientes del parnasianismo y simbolismo. De este modo, exige la exactitud que provoque la fusión de ambas. Para la concepción de este modernismo en su plenitud, o *forma eidética* según Miguel Ángel García, como punto de partida en la poesía española contemporánea consultar Miguel Ángel García, *La poética de lo invisible en Juan Ramón Jiménez*, Diputación de Granada, Granada, 2002

cosmovisión. Es decir, una constante de búsqueda –y sigo a Cecilio Alonso– en pos de una *expresión popular armonizada de forma y sentido*. De la *forma eidética*, entonces, como aprehensión unívoca de una ideología popular.

Emerge, por tanto, una poética en Manuel Molina que parte de la conciencia desde su condición vivificadora de tiempo, y desde su condición indagadora del «yo» en la alteridad. Molina se ubica en el discurso poético como un «yo» en tránsito desde el presente:

> "La sequedad o el agua me aprisiona
> en un vértigo inmóvil que destila
> un amargo sabor de pan oscuro;
>
> y entre el sol y la sombra, mi persona
> con un rigor de péndulo vacila
> entre el pasado hermoso y el futuro". (Molina, "Destino al canto",1992, 93-94)

El final de este soneto demuestra que el autor ha aprehendido el discurso bergsoniano en Antonio Machado, donde la existencia se tambalea en movimiento ineludible ante los extremos del No-Ser: pasado y futuro[3]. Y conocedor de sí mismo como tránsito pretende conseguir la permanencia de su «yo», encerrarla en el poema al modo que Juan Ramón Jiménez intentó albergar la esencia de las cosas, igual que Molina la existencia, en la constreñida celda del soneto[4]. Pero la especificidad de este «yo moliniano», y aquí vamos a la radicalidad en la propuesta de Molina, se define –como ya se ha dicho– en la transustanciación de un *eros* primigenio hacia un *alter ego* grupal definidor:

> "Del polvo al lodo voy, del fuego al frío,
> de la sangre al sudor continuamente;
> polvo es el aire que me da en la frente,
> lodo es la tierra del cimiento mío". (Molina, "Destino al canto",1992, 93-94)

Por tanto, aquí reside la aproximación de Molina a Machado, en la conciencia como origen de la poética. En Molina, la poesía es la mediadora de un recorrido de partida y regreso desde el «yo absoluto» al «ser absoluto» –que como en Juan Ramón Jiménez– es su conciencia. Hallada la conciencia mediante la poesía, Molina adquiere constancia de la existencia y de su pertenencia al pueblo como origen y término.

Ayudándonos en el soneto "Destino al canto", Manuel Molina establece su búsqueda desde el origen primigenio, desde el «yo» hacia el pueblo. Así, el proceso se establece desde el *polvo* y la *sangre* –el «yo»– hacia el *lodo*, el *sudor constantemente*, la *frente* y la *tierra*. Todos ellos elementos que evocan un carácter de conjunto y del pueblo. *Lodo* y *tierra* implican una aceptación de la materia como aprendizaje de la poesía de su amigo Miguel Hernández[5]. *Sudor* es una constante como solidaridad hacia el pueblo proletario del que se siente partícipe. Mientras que la *frente* también resulta un escenario frecuente de unión con lo popular.

Desembocamos en la alteridad, como configuración de un «yo poético» que en la poesía moliniana fluye entre «yo absoluto» y pueblo: búsqueda del «yo», búsqueda del pueblo. Y si

---

[3] La teoría bergsoniana fue importante en la ideología de los escritores del 98, aunque con mayor intensidad en la filosofía poética de Antonio Machado. Tras esa *realidad real*, en palabras de Bergson, Machado emplea la «intuición espacio-temporal» mediante los predilectos caminos de la metáfora y el ritmo. Esta teoría intuitiva, necesitada de la lírica que especifica Machado, supone una ruptura con el conceptismo del Veintisiete.
Con respecto a la tentativa del Ser frente al No-Ser proviene del pensamiento griego, de clara influencia en Antonio Machado. Para Antonio Machado la materia es tránsito y por tanto, también lo será aquella esencia de las cosas que Juan Ramón Jiménez persigue. Es por ello que el poeta de *Campos de Castilla* pretende concretar temporalmente la esencialidad. Para más cuestiones sobre la estética de Antonio Machado en Manuel Valero Gómez (2010), "Nociones de filosofía poética en Antonio Machado. Esencialidad temporal y el No-Ser", *AUCA. Revista Literaria y Artística*, nº 20, Alicante, pág. 30-34

[4] "Si nos damos cuenta, la forma del soneto es capaz de fijar el instante, de «monumentalizarlo», y a la vez es capaz de eternizar el alma ante la muerte." (García, 2002, 53)

[5] La influencia de la poesía hernandiana en la obra de Manuel Molina es fundamental para la aprehensión de su estética. No en vano, Molina cuenta entre su obra con cuatro títulos sobre su amigo Miguel Hernández. Para ampliar la actitud de *discípulo* y *exégeta* consultar la introducción de Cecilio Alonso a los *Versos escogidos* (Manuel Molina, *Versos escogidos*, edición de Cecilio Alonso, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante, 1992).

éstos se encuentran y añaden a la forma eidética, como ocurre en muy contadas ocasiones, es cuando en Molina poesía es poesía, a modo de un «yo mesiánico» que aglutina todos sus conceptos poéticos en la *Voz*. La *Voz* de Manuel Molina clara y vívida, pero a su vez, invisible en su hermoso eco.

La alteridad en Manuel Molina es un juego de ambivalencias donde la otredad y el concepto de pueblo moliniano toman partido. Cecilio Alonso atribuye a la conciencia temporal de Molina un carácter oscilante entre la del sí y la del otro. Esta afirmación la entendemos un tanto imprecisa. El carácter no es oscilante, sino unívoco: la conciencia del sí en la del otro, y la del otro en la del sí. El «yo» y el pueblo nuevamente vinculados en la desesperanza descubierta por el poeta como respuesta a su existencia.

Pero la presencia del «yo» supera la barrera de la materia y forma parte de la geografía, de la naturaleza, incluso como nombre propio u oficio, configurándose la noción de pueblo moliniano aportada por José Carlos Rovira. Que a su vez, es la configuración del «yo» del poeta como resultado de este juego de ambivalencias.

Una suerte de identificación, de encontrarse en el pueblo, de ser en el pueblo y el pueblo. Una vez hallado el *eros* en la otredad permite al poeta descubrirlo en su propio interior –igual que lo popular– como geografía, naturaleza, nombre propio u oficio. Un viraje hacia el interior, patente en *Coral de pueblo*, donde su *poética de la memoria* produce de la existencia un espacio más[6].

Manuel Molina ha conseguido *ser* el poema. Aquello que Ricardo Gullón afirma de Antonio Machado[7], y que Juan Ramón Jiménez o Gil de Biedma persiguen en su obra dirigiéndola hacia el silencio, la no escritura. Molina ha alcanzado la aptitud de saberse del pueblo mediante la conciencia. Una búsqueda culminada en su *Voz* como pueblo y «yo» encontrados y definidos en cuanto a forma e idea.

Y es precisamente en este proceso de indagación donde la constante del *origen primigenio* resulta principio y término. Matriz del concepto *pueblo* que engloba por entero el sentido de su poesía. La obra de Manuel Molina parte de la guerra civil y es la consecución de una estética y ética popular aferradas a la dialéctica de las dos Españas[8] – o tres, cuatro, cinco o seis, que diría José Bergamín. Una «consumación popular» que aboga tenazmente por el regreso al *origen primigenio* como carácter definitorio de lo español. De estas Españas en *perpetua guerra o agonía que son una España sola* –Bergamín nuevamente– porque son la España *única y discursiva*, el *origen primigenio*. Por ello que el poeta, desde la alianza lograda en su *Voz*, define la españolidad cuando escribe *he nacido antagónico y sincero*. Manuel Molina, como Juan Ramón Jiménez, es «popularero» por libertad, alberga en el pueblo la verdadera esperanza de España[9]… *soy del camino y del camino vengo*.

---

[6] La concepción de vida en Manuel Molina adquiere el sentido de espacio, paisajístico y geográfico. Un buen ejemplo de ello es la "Elegía" de *Otoño adolescente* (1943)

[7] Ricardo Gullón, *Una poética para Antonio Machado*, Gredos, Madrid, 1970

[8] Santos Juliá contextualiza la cuestión de las dos Españas como un proceso rescatado del pasado por Ortega y que tendrá vigencia hasta la muerte de Franco. Ortega y Gasset viene a recuperar la metáfora de las dos Españas alrededor de 1914, en pos de una España nueva que se mantuviera fuera de la queja y actuara: la escisión entre la España vieja – *muerta, hueca y carcomida* – y la España nueva – *afanosa, aspirante* –. Esta dialéctica ya fue empleada por Balmes a comienzos del siglo XIX, Menéndez Pelayo o Blasco Ibáñez con la disgregación de campo y ciudad.

[9] "Nunca he querido encadenarme a ningún partido político, aunque tenga mi lójica preferencia, porque los partidos suelen imponer complicación y volubilidad y yo quiero ser claro y seguido idealista. Pero siempre también, desde mi primera juventud, fui un enamorado partidario del pueblo, de mi pueblo en quien mis ideales tomaron forma y sentido.

En la propia fuente única del pueblo y en su esquisita selección tradicional (nadie más fino ni más delicado que el pueblo español para inventar y escojer) aprendí a elevarme. Si yo soy individualista como buen andaluz, y como buen español quiero ser exacto, es por comprensión de mi pueblo. Yo no exalté nunca lo menos popular de mi pueblo, lo que mi pueblo «aprende y copia» tristemente de la vulgaridad de nuestras «clases» sino lo más sensitivo y lo más noble, lo más natural de su corazón y de su cabeza. Y hoy más que nunca, testigo palpitante de su vida y su muerte, estoy convencido de que el pueblo es la mejor parte, la semilla pura y la verdadera esperanza de España. Es necesario estar ciego o querer estarlo para no verlo así.

Afirmo muy alto una vez más que admito apasionada o serenamente, según el instante, a mi pueblo maravilloso; que soy popularero por libertad, por sentido común, por honradez y por amor." (Jiménez, "Con mi pueblo siempre" en *Sino de vida y muerte* [1896-1936], 2005, 936)

Bibliografía:

Bergamín José (1986) “España. Cuestión personal (Al margen del libro de Fidelino Figueredo: *Las dos Españas)*”, en V.V.A.A., *España, cuestión personal (J. Bergamín), Un dorado trigüeño (Nazim Hikmet, Recordando a Robert Graves)*, Bitzoc, Mallorca, pág. 11-23
García Miguel Ángel, *La poética de lo invisible en Juan Ramón Jiménez*, Diputación de Granada, Granada, 2002
Gullón Ricardo, *Una poética para Antonio Machado*, Gredos, Madrid, 1970
Jiménez Juan Ramón, *Obras selectas I*, RBA, Madrid, 2005
López Castro, Armando, *Un canto de frontera. Escritos sobre Antonio Machado*, Devenir, Madrid, 2006
Martino P., *Parnaso y simbolismo*, traducción de Ernesto Ramos, El Ateneo, Buenos Aires, 1948
Molina Manuel, *Versos escogidos*, edición de Cecilio Alonso, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante, 1992
Rodríguez Juan Carlos, *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*, Akal, Madrid, 1974
Valero Gómez Manuel (2010), “Nociones de filosofía poética en Antonio Machado. Esencialidad temporal y el No-Ser”, *AUCA. Revista Literaria y Artística*, nº 20, Alicante, pág. 30-34
Valverde J.M., *Antonio Machado*, Siglo XXI, Madrid, 1975

Manuel Valero Gómez

MANUEL MOLINA: POESÍA Y FIDELIDAD

Sencillamente. Al apurar el último verso –"cuando despierte el paisaje"– el lector sensible busca instintiva y emocionalmente el inicial: "Honestamente escribo lo que siento".

Entre ambos autenticidad y generosidad-, se enhebran y alumbran todas las virtualidades de este nuevo y viejo, permanente libro de Manuel Molina, que, bautizado cabalmente, se titula *Versos de la vida* (1).

Penadamente. Nutriéndose del esencial hontanar lírico –el dolor del espíritu– el poeta que camina, unas veces a la luz de las cimas, y, otras, orientándose con el oscuro tacto de las simas, contempla y se amarga, se apena y hasta grita, porque la vida es tragicidad en su más profunda dimensión. Tal es el ámbito poético de Manuel Molina, voz de claro acento moral, de la estirpe de Quevedo, Vallejo, Antonio Machado, Hernández y tantos otros que suenan y resuenan en la sangre del alma. Para todos ellos, para Molina, la palabra no es un elemento malabar, sino testimonio: máximo documento del existir humano. Escribió Antonio Machado que la poesía es "cosa cordial", asunto del corazón. Y en ese camino que se hace y se deshace escuchamos la palabra de *Versos de la vida* que se entronca con la clásica y patética y verdadera voz hispana de todos los tiempos y, en su origen, con el tiempo vital del propio Manuel Molina.

Claramente. Me atrevo a decir que el lector primerizo de Molina ha de descubrir –sustancia de verdad y belleza– unas determinadas claves, constantes y virtudes de la mejor poesía. Para el lector asiduo de nuestro poeta *Versos de la vida* significa plenitud de una estética humanísima.

Ordenadamente. Las claves son: amor al pueblo, no cosificado, sino en desahogo y llanto de un corazón que, en sí, es pueblo "mi vida es la de todos"; dignidad como exigencia ética, natural e insobornable: "hay que besar la angustia lentamente"; piadoso amor hacia el hundido en la monotonía del anónimo "como las hojas de un otoño eterno, mirada limpia de la energía creadora del eros, horizonte que distancia física y metafísicamente la vida de la negatividad infinita: "tu vientre, tu cintura que se siente/ en el acto del aire que se queda".

Las constantes: barro o amor a la tierra; valor o capacidad para el existir o el resistir, y germen, esa semilla, más que potencia, fuego que se hace abrazo, onda y beso. Y la madre, sobre todo la madre, la palabra de las palabras, fundamento del ser: "la memoria de un sabor/ que supo tu conciencia/ porque fue toda tu ciencia/ pena, silencio y sudor".

Rotundamente. Pena, silencio y sudor ¿No son más que conceptos, espejos, testigos de toda la poesía de Manuel Molina? Así es. También lo fueron en sus maestros. "Rumiando va Quevedo su palabra a Vallejo/ que deja en los albores el ocaso más viejo/ mientras canta lo triste el pastor oriolano/ que se deja la vida como un perro hortelano".

Y pues el poeta lo es y se justifica por ser nuncio, imagen y denuncia de la sociedad en la que vive, sueña, sufre y muere. Molina rubrica su informe: "Notario fiel del pulso de la hora/ veo si el ojo ríe, ríe o llora, / a veces con amor, muchas con ira". Y, además, con miedo, terror visceral colectivo: "Un mar de miedo en los dientes / de una humanidad cobarde, / se extiende de piel a piel / de la cabeza a la sangre".

Alfa y omega. La amistad. La fidelidad. En ellas, todos los dones humanos y artísticos. Hernández, amigo por antonomasia de Molina tanto que éste no puede ni debe hablar a su pueblo sin el hondo y alto y universal recuerdo de aquel, cuya mano siempre está. "señalando el mundo entero/ con su corazón humano". Más que el rayo. Aurora.

Verso y prosa. *De los Versos de la vida* a *Un mito llamado Miguel* (2). Tanto monta: el poeta está allí o aquí, ofreciendo su alma a los demás y velando con amor y pulcritud y valentía la entrañable memoria del amigo y de su palabra. "Poesía, cosa cordial". Y, como el corazón tiene razones que, como enseñó Pascal, la razón no entiende, Manuel Molina ha puesto en la plaza pública las viciosas o malignas hierbas que cercan, corrosivas, el nombre

del que jamás muere. Extirparlas y, a la vez, fijar índice de errores –evitando que se prodiguen o fructifiquen– y silencios, inconcebibles algunos, especialmente graves cuando la obra impar yacía bajo un duro exilio tanto en la patria grande como en la chica. Errores, silencios, amistades de opereta, parasitarios amigos, toda una confusión que, si no ha podido ensombrecer la grandeza del hombre y del poeta, si se encharca en aledaños. Y, por eso, dice Molina, “Seguimos empeñados en el descubrimiento de la verdad”.

Breve, serio y contundente. Aclarar. Aclarar. Aclarar. Misión noble y ennoblecedora de Manuel Molina que se resume en una sola palabra de vida: fidelidad.

Vicente Ramos

(1)Molina, M, *Versos de la vida,* Málaga, Ed. Guadalhorce. 1977.
(2) Molina, M, *Un mito llamado Miguel. XXXV Aniversario de la muerte de Hernández*, Silbo, Especial, 1977.

Los versos que sangraron tus heridas

Dejaste tus raíces bien fornidas
entre palabras vivas y brillantes
y de tu vida hiciste resonantes
los versos que sangraron tus heridas.

Dejaste para siempre las caídas
y levantaste un árbol de diamantes,
y enramados poemas palpitantes
que cuelgan como luces encendidas.

Dejaste tu pasado en el presente,
donde caminarán hacia el futuro
las raíces de un hombre y de un poeta.

Manuel Molina, fuego transparente
crepitando tus versos de amor puro
nos dejaste tu vida más completa.

Lucía Espín

MANOLO MOLINA, EN EL RECUERDO SIEMPRE

Conocí a Manolo Molina en esta ciudad hace cuarenta y pico años. Iba a verlo algunas tardes a la Biblioteca Gabriel Miró, ubicada ya en su lugar actual. Manolo recibía desde su mesa de sala colectiva de bibliotecarios y sonreía con franca complicidad ante el joven lector de Miguel Hernández que había detectado que el poeta hablaba de él en alguna de sus cartas: un "recuerdos a Molina" de Hernández desde Madrid me hacía muy interesante al personaje, que era jovencísimo cuando aquella carta. Yo lo había conocido por mediación de Marilé, su hija, e Isidoro Manteca, novio de ella, quienes me habían abierto un encuentro que fue duradero, epistolar desde otros lugares y sorprendido por lo que aquel hombre podía y sabía contar.

En un paseo tardío que lo llevaba hacia su casa, recalaba a veces en un bar muy conocido, donde Oliver, "el bardo", lo esperaba hacia las ocho de la tarde para comentar, leer, esperar esperanzadamente. Fue un día en aquel bar, tras dos copas de un vino de Jumilla que se llamaba Sabatacha, donde me recomendó que no siguiera intentando el camino difícil de la poesía. Le había entregado un libro unos días antes, que se llamaba algo así como "Palabra recobrada", y Manolo, con juicio certero, que siempre le agradeceré, me recomendó que siguiera otros caminos: creo que me puso así definitivamente en el aprendizaje de la crítica literaria y la poesía perdió uno de los malos poetas que la hubieran nutrido…

Yo había alcanzado los 19 años y empezaba a leer, tras oírlo varias veces, a Manolo Molina. Una tarde me habló de César Vallejo, que estaba entre sus mitos principales, quizá cerca de Miguel Hernández, que siempre estaba por encima de todos, y también me hablaba de Antonio Machado. Otra vez me situaba ante revistas próximas –creo que fue el activo principal de muchas experiencias de esta ciudad, como en estas páginas demuestra Manolo Parra-. Con frecuencia conversábamos de Hernández. En otros momentos, Blas de Otero era una evocación próxima y precisa. O me llevaba a descubrir a Carlos Sahagún, poeta y amigo joven que le apasionaba, mientras citaba a Cecilio Alonso, profesor y crítico con el que compartía aficiones y continuos encuentros.

He escrito varias veces sobre su poesía. Me interesó desde siempre, desde que conocí *Hombres a la deriva*, escrito en 1950 y leído por mí veinte años después. Era sin duda el testimonio metafórico de una sociedad agobiante para quien, muy joven, había vivido las esperanzas republicanas y la tragedia de la guerra, con la posguerra iniciada en un campo de concentración. La sociedad surgida de aquello no reparaba nada, era vengativa: "Aquí viven los ángeles de luto, / aquí mueren los hombres cada día/ con la cadena al hombro y la agonía/ saliéndose a los ojos, como un fruto…". Recondujo a veces el pesimismo en *Versos en la calle* (1955) y en *Coral de pueblo* (1968) y celebré hace bastantes años su *Protocolo jubilar* (1982) como un libro en el que la verdad personal se unía con fuerza a la poesía.

Inevitables recuerdos del poeta Manuel Molina nutren para mí un tiempo en el que fui descubriendo además sus ensayos, su rescate de Carlos Fenoll, del grupo que alguno quiere hoy negar, el de "la tahona", en la que Miguel Hernández leía *Perito en lunas* ante Efrén y Carlos Fenoll, Ramón Sijé, Jesús Poveda, Murcia Bascuñana, Gilabert, Josefina Fenoll a veces, y un sorprendido chaval de quince años que, en los años 60, comenzó a reconstruir una evocación casi familiar de aquellos encuentros y personas: *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela* (1969), *Amistad con Miguel Hernández* (1971) y *Un mito llamado Miguel* (1977), forman una trilogía imprescindible de memoria y clarificación, primero de sí mismo, al bucear en recuerdos sobre todo de 1932 a 1934, cuando quien contaba entre quince y diecisiete años pudo aprender en vivo lo que era la poesía de una de las voces más sorprendentes e inesperadas de nuestra tradición literaria.

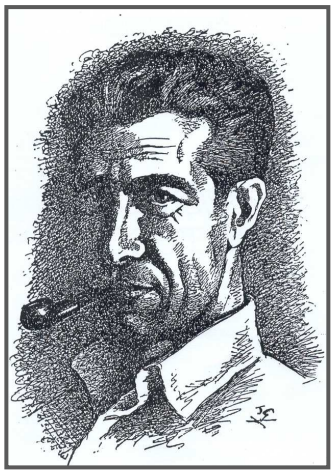
Hay unas prosas de Molina que he releído estos días**.** Me escribió una dedicatoria en el libro, según dice su texto, el 26 de febrero de 1980, en una obra que había aparecido

conmemorativamente unos meses antes, en el centenario del autor: se trata de *Paisajes y personajes mironianos*. Hay en ese libro una entrada al mundo de Gabriel Miró a través de personas, geografías y recuerdos, con la salvedad de que está recreando las propias vivencias del paisaje: Orihuela, la costa hasta la Marina, y gentes en el recuerdo de Molina que forman otra perspectiva de la Oleza mironiana, la de la propia infancia. Y luego, personas que han estudiado y recreado su mundo. Y, al final, pintores de nombres familiares que son para Molina mironianos en la perspectiva de paisaje. La pintura fue una de sus pasiones y allí están Emilio Varela, Francisco Pérez Pizarro, Gastón Castelló, Melchor Aracil y Miguel Abad Miró. La comprensión crítica de Molina aparece directamente escrita como inteligencia sensible mirando unas pinturas que le evocaban al prosista principal e intenso.

Lo evoco estos días en que se le dedica este monográfico. Lo releo en su intensidad. Lo recuerdo, con la sensación de tener hacia él deudas impagadas, en la memoria de unos años jóvenes en los que Manolo Molina desplegaba generosidad y lecciones, desde la sonrisa de quien un tiempo significó en Alicante valores culturales y una doble dimensión personal que podemos resumir en dos palabras: la supervivencia y la dignidad.

José Carlos Rovira
Catedrático de Literatura Hispanoamericana
Universidad de Alicante

Si Manuel, si Miguel



Si persiguió la sombra tus secretos
y fuiste entre las sombras el sustento,
si su noche tembló sobre tu noche
y fue su calavera un nido fértil
un tintero.

Si una sustancia asida a la ternura
se fraguó entre su pecho
ya velero
y tu canto de arena contenida,
puede que al fin la luz
se restituya, si tú, si él…

Puede que el hombre aún
sea un sendero,
una astilla de luz
en las tinieblas.
Si tú, si él, ya sois estrella.
Si tú, si él, nunca habéis muerto.

Julia Díaz Climent

MANUEL MOLINA: SU INTERVENCIÓN EN LA SUPERACIÓN DEL AISLAMIENTO CULTURAL GRACIAS A LAS REVISTAS POÉTICAS DE POSGUERRA

Tal como escribió José Carlos Rovira en el texto titulado *La poesía y la memoria,* incluido en *Versos escogidos,* de Manuel Molina:"la reconstrucción de la cultura {tiene lugar} a través de las revistas literarias, en esa larga posguerra en la que él era uno de los derrotados más conscientes de nuestra geografía próxima" (1). A este respecto, es preciso poner de relieve que la existencia de estas publicaciones era, en si misma, una continuación de su anterior florecimiento, que tuvo lugar durante la República, en la que aparecieron algunas tan prestigiosas como *Verso y Prosa, Manantial, Litoral y Caballo Verde para la Poesía*, o en la misma Orihuela *Gallo Crisis o Silbo.*

Manuel Molina publicó su primer poema, titulado *Elegía* (2), en el periódico *Nuestra Bandera* editado por el Partido Comunista de Alicante, en la guerra civil, en 1937. Su amistad con Miguel Hernández le permitió, en ese tiempo, conocer a poetas tan significativos como Vicente Aleixandre, que jugará un papel fundamental para su integración en el mundo literario de posguerra.

Concluida la contienda, en la que se posicionó inequívocamente a favor del gobierno legitimo, es internado en la plaza de toros de Valencia, conoce a la que sería su esposa Maruja Varó Busquiel, y es obligado a realizar de nuevo su servicio militar en Burgos.

La imperiosa e irresistible necesidad de Manuel Molina de publicar sus poemas, dio lugar a la creación, en ocasiones con Vicente Ramos, de humildes revistas o pliegos de poesía y de colecciones de poemarios o relatos que eran, algunas veces, sufragados mediante aportaciones de los mismos autores. Así surgieron *Intimidad poética, Silbo, Ifach y Leila*.

En *Intimidad poética,* en 1944, publicó un poema titulado *Elegía de la amargura sin nombre*, que se inscribía, tanto en los propósitos de esta humilde publicación, que, dirigida por él y Vicente Ramos, desde enero de 1943 al mismo mes de 1944, editó ocho números y manifestó que su ideal consistía en: "hacer del Hombre una persona gracias a un arte que, surgiendo del Dolor llegue al amanecer de un vida sencilla y buena, humanizando la poesía y desprendiéndola de todas las vaciedades esteticistas", como en las características que Francisco Sevillano Calero asigna a la sociedad de este tiempo, en su artículo *Cultura, propaganda y opinión en el primer franquismo* (3), cuando afirma: "La completa desarticulación y desmovilización de la sociedad hizo que el individuo permaneciera refugiado en su vida privada". En el poema al que nos referimos Manuel, que lo dedica a sus padres y esposa, afirma que guarda la amargura sin nombre, la verdad más verdadera, encerrada en su intimidad.

A finales de 1943 contrajo matrimonio con Maruja Varó Busquiel y según afirma en el Prólogo de *Protocolo Jubilar* "Volví a la apertura de caminos vecinales, al trabajo para la comunicación campesina", tiempos en los que según el mismo rememoró: "El jornal era corto y el trabajo era largo"(4). En unas condiciones terriblemente duras, vivió algún tiempo cerca de Jávea, dedicado a la construcción de una carretera que iba hasta la cala de La Granadella. No obstante nunca, ni en aquellas circunstancias, en la que había de recorrer en su bicicleta más de catorce kilómetros para recoger o enviar su correspondencia en el Portichol, dejó Manuel de escribir poesía y de comunicarse con otros poetas, así lo afirma Vicente Ramos, aludiendo a su intervención en la asignación de nombre para la revista *Verbo*, diciéndonos que Manuel, en una carta escrita desde su lugar de trabajo, propuso el nombre de *Verbo y Gracia*, que finalmente se redujo a una sola palabra. Las publicaciones alicantinas de los primeros años de la década de los cuarenta sufren un cambio cualitativo con la aparición, en 1946, de esta revista, posibilitada por el patrocinio de José Albi, que

asume su dirección y resuelve las necesidades materiales de la publicación, mientras que la aportación de colaboradores fue facilitada, en buena parte, por los conocimientos y contactos de Manuel Molina. Lo cierto es que, según el mismo Manuel constató:"*Verbo* había alcanzado en 1959 su máxima difusión en la Península y en Hispanoamérica, gracias a la calidad de sus colaboraciones" (5). Su primer número apareció en agosto de 1946, y en él se incluyó un soneto de Vicente Aleixandre, que, en una de sus secciones titulada "Hablan los poetas", expuso sus opiniones sobre la literatura del momento. En sus apretadas páginas publican sus versos buena parte de los más prestigiosos poetas, como sucede en número correspondiente a mayo y junio de 1947, cuyo índice, encabezado por Rafael Laffón, José García Nieto y José Luis Cano, constata la superación de cualquier limitación localista, aunque es preciso destacar que no por eso se excluyó a poetas alicantinos de anteriores generaciones, de tal modo que en este mismo número se incluyen creaciones de Francisco Figueras Pacheco y de Juan Sansano, junto a poemas de sus promotores: José Albi, Vicente Ramos y Manuel Molina. Lo más significativo, es que, a pesar de la virulenta confrontación entre Vicente Ramos y José Albi, Manuel Molina continuó integrado en la redacción de *Verbo* e incluso, formando parte de su consejo de dirección, siguió manteniendo una estrecha amistad con Albi y en casi todos sus números aparecieron sus poemas. Así, en 1950, se incluyeron varios de los sonetos del grupo "Sonetos de la pasión del hombre", junto a otro magnifico poema titulado "Oración del recuerdo", publicado inicialmente en esta revista en 1955, y recogido posteriormente, en 1958, en *Don Alhambro*, suplemento de *Norma,* revista publicada por el SEU de Granada dirigida por Antonio Arostegui,

Verbo contribuyó a actualizar los poemas que se escribían y publicaban en nuestra ciudad, desterrando los resabios campoamorianos y modernistas que aún aparecían en las obras de Juan Sansano y de Figueras Pacheco. Para Manuel Molina, cuya producción estuvo presente en una gran cantidad de revistas en toda España, *Verbo* fue la abierta ventana que, mediante los intercambios y el continuado epistolario, le permitió rebasar los estrechos límites de la constreñida ciudad en la que transcurría su vida.

En Ifach, Boletín informativo, que según Molina: "pretendía ser un anuncio de los libros de la colección Ifach, pero a la vez publicaba libros de creación"(6), en Alicante, en 1948, se incluyó un soneto original de Manuel Molina de temática religiosa, cuyo primer verso: "El silencio, Señor, mejor que el canto", recordaba aquel otro de Miguel Hernández, que decía "Y Dios dirá que está siempre callado". En 1950, en este mismo Boletín publicó Manuel otro hermoso soneto, en el que afirmaba que la palabra "tenía un sabor de cosa agria y dura". También en Alicante, de la mano de Vicente Ramos, con una importante colaboración de Manuel Molina, apareció la revista *Bernia,* que sacó, en 1951, cuatro números, con un poema de Manuel dedicado a Carlos Fenoll, en el que, tras constatar que cada día la luz es más escasa, se reafirmaba en su voluntad de dar su fruto lírico y poético. En el único número de *Sigüenza*, publicado en 1945, también apareció un poema de Vicente Aleixandre, titulado *Mi nueva ciudad del paraíso*, y se incluía el poema *Camino adelante,* de Manuel Molina. Del mismo modo encontramos, en 1955, el poema de Manuel Molina titulado *Imagen del amor* en *Galatea*, Revista Cultural de la Delegación Provincial de Educación de FETE de las JONS de Alicante, que había publicado su primer número en 1954.

En relación con el libro *Camino Adelante*, publicado en la colección *Neblí,* se encuentra la revista *Ágora*, editada en Madrid y dirigida por Rafael Millán, a la que Manuel había enviado el texto original. Según el editor, la poesía era "comunicación humana", idea, sin duda coincidente con la de Manuel Molina; además en la revista citada publicó Manuel un corto poema con el título "Miniatura de octubre" que comenzaba diciendo "El dátil verde amarillo", en octubre de 1951, en diciembre de ese mismo año se publicó otro poema de Manuel cuyo comienzo era: "Esposa de mi sed, tierra sombría", y en el número correspondiente a junio-julio de 1953, aparecieron: "Herido del amor de tanta pena", "Siento un sabor a campo, a trigo, a trilla" Siempre será lo mismo, siempre ha sido", en 1957 un poema cuyo inicio decía: "Yo pecador de mí", y finalmente, en 1960, en esta misma publicación apareció otro soneto original de Manuel Molina, cuyo primer verso era "Siempre tengo detrás una amenaza". En *Rocamador*, revista editada en Palencia en 1951, a la que

Verbo había dedicado un estudio especifico en su número 32, y que abogaba por una poesía exenta de partidismo político, publicó Manuel Molina el soneto cuyo primer verso era "En un pueblo nací soy pueblerino", que también figuraba en *Camino adelante*.

Poesía española, la revista que más números logró publicar en esta época, era ecléctica en cuanto estilos e ideologías, aunque más partidaria de la poesía pura, ya que, no en vano, Juan Ramón Jiménez fue uno de sus patronos más insistentemente citados, acogió, dentro de una dilatada polémica entre poesía pura y poesía comprometida, un artículo de Vicente Ramos, titulado *Situación de la poesía y el pecado del nerudismo,* en el que afirmaba: "La poesía no puede mostrarse empeñada o comprometida, pues el arte es espíritu y el espíritu no tiene por qué aceptar obligaciones sociales o comunitarias". El antinerudismo está presente ya en el título del artículo de Vicente Ramos, que utiliza la misma palabra con la que Ramón Sijé, en 1935, se lamentaba de las mutaciones ideológicas de Miguel Hernández, diciendo "¡Nerudismo qué horror!". Los versos de Manuel Molina aparecieron repetidamente en sus páginas, desde 1952 hasta 1960, y a nuestro juicio, en los numerosos poemas de Manuel publicados en esta revista, es posible encontrar un tono más próximo o coincidente con las tesis que propugnaban una poesía no comprometida.

En una crónica de la vida literaria de la década de los cincuenta Manuel Molina mostraba su satisfacción por la presencia de sus versos en las publicaciones del Norte de África (7), así sucedía en la revista publicada en Larache, *Al-Motamid, Verso y prosa*, publicación dirigida por Trina Mercader, nacida en tierras alicantinas, en la que se incluyó un soneto que concluye con el pesimismo vital, presente en muchas ocasiones en los versos de Manuel diciendo: "presencia de la vida sin aurora", también en esta revista publicó el soneto titulado "Meditación". Asimismo en *Manantial*, revista que se editaba en Melilla dirigida por Jacinto López Gorgé, que pasaba sus vacaciones en Alicante, aparecieron unos versos de Manuel que se iniciaban diciendo "Encontrarnos así, unidos, juntos", y del mismo modo en la revista *Ketama*, que salía a la luz en Tetuán y que incluía textos en lengua árabe, también al cuidado de Jacinto López Gorge, en diciembre de 1959, se incluía un soneto de Manuel en el que poetizaba y personalizaba la decadencia de España, simbolizándola en una serie de personajes como "Goya, Solana, Don Ramón, Don Pío, Don Miguel y Francisco de Quevedo", es decir, "media docena de hombres".

Uno de los poemas más significativos de Manuel Molina, el titulado "El superviviente", dedicado a Vicente Aleixandre, apareció, por primera vez, en *Raíz*, revista universitaria madrileña, dirigida por Juan Guerrero Zamora; en sus versos Manuel que, como ya señalamos, había conocido al prestigioso poeta por mediación de Miguel Hernández en 1936, en Madrid, incluye bellas y emotivas metaforizaciones que reflejan la odisea que habían sufrido los que, como ellos, habían conseguido sobrevivir a la tragedia, diciendo: "¡Qué viento, qué trinchera, qué nieve congelada/ te salvó de la asfixia que quemaba la tierra!," concluyendo con una enfática y admirativa designación como: "!Poeta de la vida!".

La revista *Sazón* editada en Murcia, dirigida por Basilio Fuentes Alarcón, publica en agosto de 1951 un soneto titulado "A un poeta desconocido" y en octubre de ese mismo año otro magnifico soneto dedicado a Blas de Otero.

En el nº 7 de la revista *Dabo, Pliegos de poesía*, publicada en Palma de Mallorca, que sacó a la luz, desde 1952, diecisiete números, apareció el soneto de Manuel Molina cuyo primer verso era "Mi corazón se hace como el trigo".

El tropiezo con la censura que tuvo lugar como consecuencia del intento de Manuel Molina de publicar dos de sus sonetos, con el título común de "Parábolas del país", en *Papeles de Son Armadans*, revista editada en Palma de Mallorca a partir de 1956, significa el punto culminante de la que podríamos denominar tendencia o vena realista en la poesía de Manuel; la revista era sin duda la más arriesgada de las que se publicaban en España, en ella aparecían los poemas de escritores inequívocamente republicanos, como Rafael Alberti, o declaradamente antifranquistas como Blas de Otero o Jaime Gil de Biedma, y estudios de pintores tan significativos como Picasso, y además los límites de hasta dónde se podía llegar se habían ido ampliando desde que publicar poemas de Miguel era en parte una aventura de incierta resolución hasta posturas más flexibles, por tanto, aunque el primer verso de uno de los sonetos fuese "El hambre material es nuestro oficio" y el otro

concluyese diciendo: ”Porque vive en la muerte toda España”, no era ninguna ingenuidad el que Manuel pretendiese publicar estos sonetos y por tanto no merecía la admonición de Cela que en una de sus cartas le llegó a decir “Tus sonetos los leí y me gustan. Pero no irán en *Papeles* por razones ajenas a la voluntad de la empresa. ¿En qué país crees que vives y escribes, alma de Dios?”. Lo cierto es que los dos sonetos de Manuel no se publicaron en la revista en 1962, aunque sí otros poemas que tituló “Mar del miedo”, y Manuel Molina no volvió a explorar terrenos tan resbaladizos ni a utilizar expresiones tan explícitamente criticas.

Por otra parte, los dos poemas censurados se incluyeron en un nuevo libro que, con el título *Versos de la vida,* se publicó en 1977. En el intervalo entre su prohibición y su publicación había tenido lugar la desaparición del régimen franquista y la instauración de una constitución democrática. El país había cambiado y la censura había quedado atrás.

Caracola, Revista Malagueña de Poesía, en la que publicaban “poetas oficiales, comprometidos, místicos, surrealistas, marginados, exiliados y falangistas”, y que, superando cualquier tinte localista, ofreció en sus páginas una completa panorámica de la poesía que, partir de su aparición, en octubre de 1952, acogió, en octubre de 1970, tres sonetos de Manuel con el título “Masa coral”, que con anterioridad, en 1968, habían aparecido en el poemario *Coral de pueblo.*

Alor , “Hojas de poesía”, revista, editada a partir de abril de 1950 en Badajoz, en la que aparecieron poemas de Gerardo Diego y textos de Camilo José de Cela, incluyó, en julio de 1950 un soneto de Molina que en la revista tituló “Hoy” que en unos de sus versos decía: ”Encendida y febril, la vida entera/ hay que ocultar callada y sin sonrisa/”.

En *Álamo, tribuna de la poesía nueva y vieja de los sesenta*, editada y dirigida por Juan Ruiz Peña en Salamanca, con apariciones mensuales desde 1964, también publicó sus versos Manuel Molina, concretamente en marzo de 1972, incluyó un soneto que concluía fijando su destino en las siguientes y desoladas palabras: “madres esclavas del furor latino / y padres bajo el sol de su agonía”.

Un interesante y hermoso soneto escrito por nuestro poeta, con una dedicatoria que dice “Para Mario, pintor puro” lo publicó Ángel Caffarena en 1973, en Málaga, en la *Librería Anticuaria El Guadalhorce,* con el título “Mario, pintor puro”, editando doscientos ejemplares numerados.

Peña Labra, Pliegos de poesía, revista santanderina cuyo objeto era “rescatar de un olvido avasallador numerosas joyas, fruto casi siempre de un anónimo, generoso esfuerzo”, publicó en 1975 un soneto de Manuel titulado “Afirmación”, que concluye asegurando que “Si quisiera apresar este momento/……/ tendría que sentir algo violento/ algo que está pasado está vencido/”.

Uno de los méritos indubitables de Manuel Molina fue el integrar a nuestra ciudad en aquella red reticular, tejida por las revistas poéticas, que pasaban de una a otra ciudad, y ayudadas por los intercambios epistolares, permitían que los versos de poetas como Gabriel Celaya o Blas de Otero, recitados por ellos mismos, estuviesen presentes en la Explanada o se escuchasen en el estudio de Gastón Castelló y que los poemas de Miguel Hernández superasen prohibiciones y barrotes.

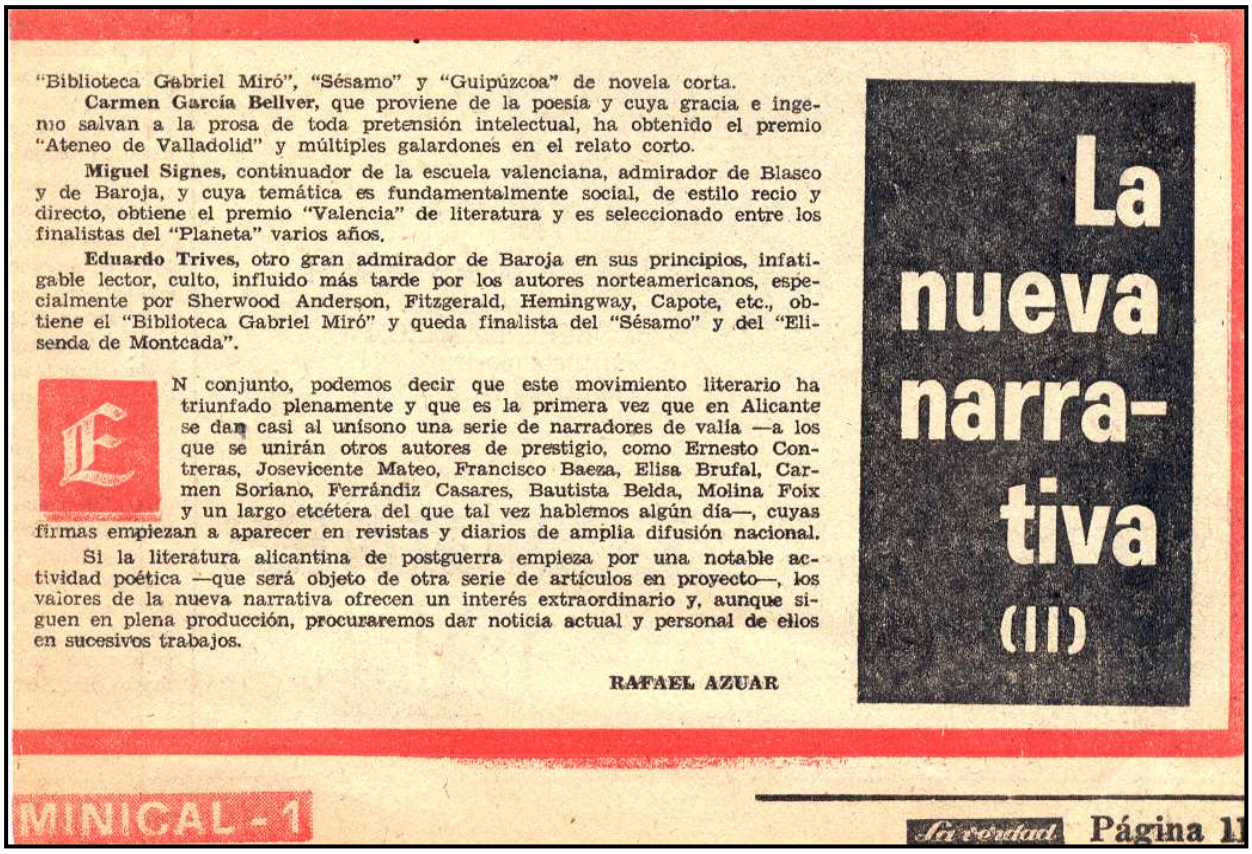
No podemos dejar de señalar que su presencia en las actividades culturales y la creación de su obra fueron también un camino de salvación para lo que él mismo transcribió en sus versos cuando dijo: ”Hambre y miseria suena en las campanas/ días y días, tardes y mañanas/ por toda la extensión de nuestra tierra/”.

Gracias a sus poemas, a sus cartas y a las revistas (suyas y ajenas), Manuel creó un sistema análogo al de la comunicación de las células nerviosas, mediante el que los aires de una lírica renovadora pasaban de Alicante a Madrid, a Palencia, a Palma de Mallorca, a Badajoz, a Murcia, a Larache, a Mellilla, a Salamanca, a Granada, a Málaga, a Santander .y a todos los lugares donde había un corazón propicio para que su mensaje de emoción y solidaridad pudiese ser escuchado y comprendido.

Manuel Parra Pozuelo

NOTAS.-

1. Rovira, José Carlos, *La poesía y la memoria*, en *Manuel Molina, Versos escogidos*, edición de Cecilio Alonso, Instituto de Estudios Alicantinos de la Diputación Provincial de Alicante, 1992, pág. 297.
2. Tanto los poemas citados en este trabajo como las referencias a las revistas en las que aparecen son algunos de los reseñados en la magnífica y meritoria edición de Cecilio Alonso, *Manuel Molina. Versos escogidos,* que hemos incluido en nuestra cita anterior. Para una más completa información sobre las revistas de la época puede consultarse *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, de Fanny Rubio, Ediciones Turner, 1976.
3. Sevillano Calero, Francisco, *Cultura, propaganda y opinión en el primer franquismo (1936-1959),* Revista Ayer, nº 23, pág. 159, www. Asociaciónde HistoriaContemporanea.
4. Manuel Molina, *Protocolo jubilar*, Colección poemas, Alicante, pp. 13 y 14.
5. Molina, Manuel, *Recuerdos del ambiente literario,* Canelobre, Revista del Instituto de Cultura Juan Gil Albert, números 14 y 15, 1969, pág. 45.
6. Molina, Manuel, *Recuerdos del ambiente literario*, Ibd, pág. 45.
7. Molina, Manuel, *Recuerdos del ambiente literario*, Ibd. pág. 39.
8. Molina, Manuel, *Versos escogidos,* edición citada, pág. 197.



"Biblioteca Gabriel Miró", "Sésamo" y "Guipúzcoa" de novela corta.

Carmen García Bellver, que proviene de la poesía y cuya gracia e ingenio salvan a la prosa de toda pretensión intelectual, ha obtenido el premio "Ateneo de Valladolid" y múltiples galardones en el relato corto.

Miguel Signes, continuador de la escuela valenciana, admirador de Blasco y de Baroja, y cuya temática es fundamentalmente social, de estilo recio y directo, obtiene el premio "Valencia" de literatura y es seleccionado entre los finalistas del "Planeta" varios años.

Eduardo Trives, otro gran admirador de Baroja en sus principios, infatigable lector, culto, influido más tarde por los autores norteamericanos, especialmente por Sherwood Anderson, Fitzgerald, Hemingway, Capote, etc., obtiene el "Biblioteca Gabriel Miró" y queda finalista del "Sésamo" y del "Elisenda de Montcada".

EN conjunto, podemos decir que este movimiento literario ha triunfado plenamente y que es la primera vez que en Alicante se dan casi al unísono una serie de narradores de valía —a los que se unirán otros autores de prestigio, como Ernesto Contreras, Josevicente Mateo, Francisco Baeza, Elisa Brufal, Carmen Soriano, Ferrándiz Casares, Bautista Belda, Molina Foix y un largo etcétera del que tal vez hablemos algún día—, cuyas firmas empiezan a aparecer en revistas y diarios de amplia difusión nacional.

Si la literatura alicantina de postguerra empieza por una notable actividad poética —que será objeto de otra serie de artículos en proyecto—, los valores de la nueva narrativa ofrecen un interés extraordinario y, aunque siguen en plena producción, procuraremos dar noticia actual y personal de ellos en sucesivos trabajos.

RAFAEL AZUAR

La nueva narrativa (II)

MINICAL - 1

Sociedad Página 11

MANUEL MOLINA: UN RECUERDO Y UN POEMA

1.-El recuerdo

Fue a mediados de 1980. Yo había escrito un largo y pretencioso análisis de Manuel Molina -y Vicente Mojica- y la Diputación lo había publicado en la revista del entonces Instituto de Estudios Alicantinos. Cuando algún tiempo después conocí personalmente a Molina en "su" Biblioteca Gabriel Miró me preguntó que por qué afirmaba yo que él era un "hombre colérico". No lo era: se trataba de una errata: un signo de interrogación que, al omitirse, convertía la pregunta en afirmación.

Digo esto porque si algo de Molina persiste en mi memoria es su apacibilidad, su bonhomía tras el humo de su pipa, sus recuerdos amables y reiterados de los amigos que le acompañaron durante toda su vida: Miguel Hernández, Carlos Fenoll, Gil-Albert, Machado, César Vallejo. Él fue uno de los primeros que me dio alguna pista sobre Pascual Pla y Beltrán, recordándolo -paseantes corcova con corcova- junto a Valls Jordá por las calles de Alcoy.

A veces sacaba una fotografía junto a Alberti en Italia, acudía a Celaya, a Otero o Leopoldo de Luis y empezaba un lamento -que siempre interrumpía apenas iniciado- sobre el hecho de que se le olvidase entre los poetas "sociales". Porque así, de poeta social, se calificaba a sí mismo en la dedicatoria de un libro prologado por Cela -que aún conservo- y que me remitió muchos años antes de que nos conociéramos.

Su adolescencia oriolana junto a los sijenianos y sus años de esfuerzo por crear junto a Vicente Ramos un espacio cultural en Alicante eran otros retornos de su memoria amable. Amable y apacible, ya lo he dicho: nunca entendió los demonios poéticos o vitales: la huida literaria de Fenoll, por ejemplo. Una tarde en su casa, mientras Carlos Sahagún intentaba deshacerse de mis inquisiciones literarias y escrutaciones vitalistas, me dijo en un aparte que no comprendía mis "tormentas": "¡Si tienes un trabajo, un hijo, algunos libros y amigos que te quieren! ¡Ya has plantado tu árbol!". Era así de "sencillo": creo que me lo decía porque tampoco acababa de entender a Sahagún, encontró afinidad entre nuestras vorágines y pretendía que Sahagún y yo nos reconociésemos como vecinos mentales. Él era "familiar" -recuerdo a su esposa encontrándole papeles que había ordenado en carpetas- y creo que jamás comprendió -pero tampoco la descalificó- la tortura "existencialista": porque para él la existencia era como los caminos que, desde niño, aprendió a calafatear junto a su padre: algo que había que trabajar con ánimo y sin desasosiego. Por eso, aun cuando en su obra fustiga a los malversadores de la vida, hay un punto de comprensión del descarriado.

Fue Manuel Molina un autor que, durante casi toda su vida, simultaneó su trabajo en la Biblioteca con su afán por la literatura y su devoción por Miguel Hernández, a quien dedicó varios libros guiado más por el panegirismo y mitología de la amistad que por la verdad objetiva, aunque los aciertos de ésta no pueden desenredarse, las más de las veces, sin los errores cometidos por la pasión de aquélla. Como poeta, destacan sus libros en los que la preocupación social reclama el centro de atención, tal como pedía en ese tiempo su amigo y portavoz de la "poesía civil" Gabriel Celaya. Como hombre, su palabra sencilla y su mano tendida fueron siempre para cuantos jóvenes se acercaban a su despacho de la Biblioteca o a la fácil puerta de su casa.

Un autor escribe a pesar de sí mismo, contra sí mismo o para los demás. Rescatar una obra supone siempre recuperar a un hombre. De Molina se puede y se debe decir -y creo que le gustaría- que su humanidad fue superior a su poesía, sin que este juicio sea un menoscabo para ésta, sino una alabanza para aquella. Muchos poetas hay en la república de las letras, y mucha competencia y animadversión. Pero en la tiranía y democracia de la vida hay demasiados hombres que no consiguen ser "en el buen sentido de la palabra, buenos". Y Molina lo era. Trina Mercader, Rafael Azuar, Santiago Moreno, Clemencia Miró,

Albi, Cerdán Tato, Ernesto Contreras y otros muchos, incluso si los distanciaban las ideas, sólo eran nombrados con respeto y cariño. Fue como el Aleixandre de Alicante: para los hernandianos, un auxilio; y para los jóvenes poetas, un apoyo. Como digo, su casa estaba abierta a los recuerdos y la amistad serena.

Un día se marchó sin aspavientos, tranquilo y sosegado, como él era. El Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, en edición de Cecilio Alonso y José Carlos Rovira, recogió su poesía en 1992. Pero yo, antes que como libro -aunque además-, prefiero recordarlo como hombre. Por eso: adiós, amigo. No olvides encender tu pipa, si estás en algún sitio: para que el humo oriente a quienes te recuerdan.

2.-El poema

Durante los años cuarenta y cincuenta del anterior siglo, cuando Alicante inició su despegue del desierto cultural en que yacía tras la guerra, fueron las páginas de el Diario "Información" portadoras de la inquietud de algunos jóvenes que buscaban llenar aquel vacío con sus versos, sus tertulias y revistas poéticas. Algunos, concienciados con la cultura, fuera del signo que fuese, dedicaron lo mejor de sus días a empresas literarias como "Sigüenza", "Verbo", "Ifach", intercambiando textos y autores con otras revistas y dedicaciones similares de toda España. Con criterios dispares, paralelos, contiguos u opuestos al Régimen, diciendo "digo" poéticamente donde pensaban "Diego" en cuanto a ideologías, en aquel tiempo de silencio sembraron actos que darían hechos de relieve, como, por ejemplo, la primera publicación y reivindicación de Miguel Hernández dentro del páramo español, en 1951.

Hojeando el quehacer periodístico de esas décadas encuentro en el del día trece de mayo de 1946 un poema olvidado de Manuel Molina. Olvidado, relegado o perdido, porque no figura en el rescate que de su poesía hizo el Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. El volumen, ya mencionado más arriba, que Molina no pudo ver impreso, aunque participó en la recopilación, nació con vocación de ser unas "poesías completas", y se editó bajo el título de "Versos escogidos", reconociendo los editores que faltaban muchos poemas dispersos en periódicos.

Ahora que hace dos décadas que murió este oriolano alicantino -el 29 de diciembre de 1990-, a pesar de que el texto aludido contiene alguna cojera rítmica, probablemente erratas, lo copio más para sus amigos -entre los que tuve la suerte de encontrarme- que para los críticos. Se trata de un soneto, publicado cuando contaba 29 años, dedicado "A don Luis Prats y García del Busto", cuyo título es "Palabras del camino":

Por la senda larga y sin poniente
donde la sangre marcha a pie forzado,
los siglos y las rutas han dejado
el ansia de su huella refulgente.

Se adivina su voz tierna y caliente
en los límites que el aire ha colmado
de su tacto sutil y enamorado
en la espuma sin luz de su corriente.

Espejo de ese sueño que se vierte
cuando el deseo se anul(d)a con el alma
en un abrazo único y vehemente,

es el camino que, por su vertiente,
como el agua que fluye hacia la calma
nos lleva de la vida hacia la muerte.

Antonio Gracia

Escaleras cromáticas para Manuel

En el corazón del Hombre
anida un Arco Iris.

Rojo. Presencia-impulso-dolor

Aparece tu frente pensativa, hija del humo
Naciente del pensamiento más puro.
Iniciado en concretas angosturas
Limitó tu vida la sangre roja
Otrora derramada.
Muerte,

Lamiendo tu sien amenazada, rojo dolor,
En el grito, cautivas son las palabras.
Uncida quedó una arruga, que
No ha callado aún, ni
Ahora, jamás, ni
Mañana.

Oro-rubí. Acción-movimiento

Manuel
Amando lo sencillo
Navega mares de vivencias.
Un humano amor guía el sendero.
Expectante observa el mundo, desentraña
Las miserias, deshace en palabras los pesares, y

Aproxima el corazón, materia palpitante, hacia
Nuevas preguntas. Así se hace rubí el cálamo
Inquieto, la pluma tensa y certera de
Los hombres, de los tiempos vivos.
Oye el poeta el clamor vital que
Mana silencioso.

Amarillo: Voluntad- decisión

Maduro, cual firme tallo de girasol altivo se alzó.
Azucena purísima pudo haber sido. Pero
No quiso. Prefirió sumergir un beso,
Un verso en los ijares del mundo,
En palabras, hincarlo, estilete
Limpio y profundo.

Manuel Molina,
Oriolano de patria chica,
Luce vernal tu verso destellando
Ígnea luz en medio de tanta negrura.
No olvidaremos el resplandor dorado, el
Amaranto silvestre y sencillo de tu poesía.

Verde: Emoción-grandeza

Miras,
Anticipándote a
Nubes de lluvia, el campo.
Urdiendo sus mil estrofas verdes
Entendió la fronda tu suave voz canora y
Liberó tu garganta en la hondura del lamento.

Miras
Otro horizonte,
Lugar, senda, paisaje verde.
Insistes oteando, buscas alborozado
Nacerte en otros manantiales donde broten,
Abriéndose vibrantes, las palabras enhebradas.

Azul: Espíritu-ceniza-pálpito

Mas el
Amor divino
Nacerá tan altivo, y
Un vástago celeste soñará
En el vórtice de tus ojos dormidos
La paz aurora de un hombre renacido.

Mudará el
Olvido tu ceniza.
Levemente ascenderá
Inmaculado, tu brillo azulino.
Nunca se vio enturbiado de codicia
Aquel corazón tuyo que palpitó tan dentro.

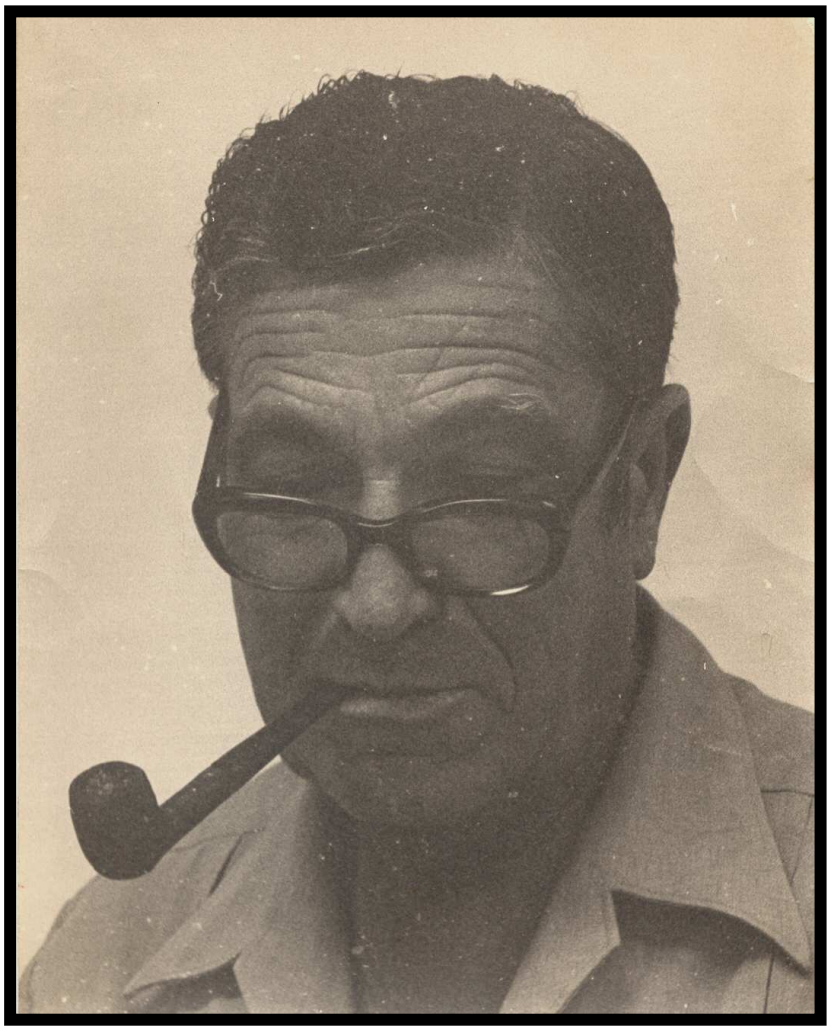
Violeta. Transformación- quietud.

Ahora, se
Necesita una voz
Incipiente y pura como
La fuerza violeta del universo,
Oír tu canto deshaciendo cadenas,
Musitando una lejana esperanza humana.

Lo sé porque he bebido en tus palabras llanas
El agua cristalina de pueblos y praderas.
Un canto nos has dejado entretejido.
Nada ni nadie alterará ese hecho.
Adiós, amigo Manuel
Me despido.

Mercedes Rodríguez García-Olías

POEMAS DE MANUEL MOLINA



CON ILUSTRACIONES DE ANTOGONZA

Barrio de Santa Cruz,
los pescadores
han dibujado el agua en tus paredes
dejándose la sal por las orillas.

Del blanco hasta el azul,
del verde al rojo,
del rosa hasta la piel de los balcones
vas reflejando el tiesto de tu imagen.

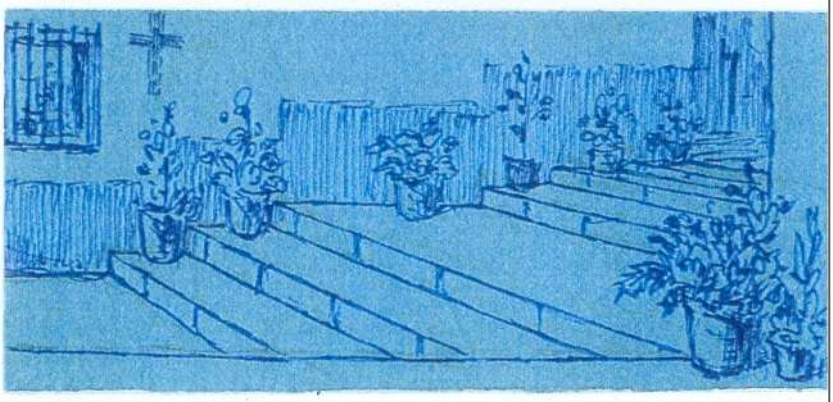
Escalando tus calles caprichosas
del pobre más subido al más mediano,
he sentido la angustia de perderme
por el rincón oscuro de tus casas.

Tus casas de muñecas retorcidas
con el serrín al aire de febrero.
Diminutas ventanas de hojalata
y puertas de papel de pino viejo.

Calle San Rafael, Calle San Roque,
Ermita Santa Cruz del barrio bajo.
Suenan campanas en la piedra viva
del regalo festín de los domingos.

El silencio es un pozo por la tarde
donde se pierde el eco de los pasos.
Barrio de Santa Cruz, por tus cristales
se asoma el corazón de la pobreza.

Barrio de Santa Cruz, nido primero
de esta fauna del mar que sube y baja.



EL SILENCIO ES UN POZO POR LA TARDE
DONDE SE PIERDE EL ECO DE LOS PASOS.
BARRIO DE SANTA CRUZ, POR TUS CRISTALES
SE ASOMA EL CORAZÓN DE LA POBREZA.

CANTE-LLANO
Castellano.

Ávila arriba,
Ávila abajo,
voy por Castilla
diciendo algo.

Por Salamanca
suena el espacio
de la palabra
de un hombre sabio.

Desde Segovia
vengo cantando,
piedras y piedras,
piedras y pájaros.

Tierras sin frutos,
frutos amargos.
La patria cerca,
el mar lejano

Por Salamanca,
nido de barro,
grita soberbio
el desamparo
del Lazarillo
sin pan, con palo,
con la miseria
como regalo.

Griegos, latines
sermoneados
y los migueles
apaleados.

Esta es Castilla.
Silencio largo.

CANTE-LLANO
CASTELLANO.
ÁVILA ARRIBA,
ÁVILA ABAJO,
VOY POR CASTILLA
DICIENDO ALGO.

Flor del almendro, flor recién nacida
con tu carne en el aire, sin pañales,
tu inocente candor de manantiales
que brotan de los senos de la vida.

Flor luminosa, blanca y encendida
como vírgenes novias maternales,
como lluvias, estrellas y corales
en la mar silenciosa y escondida.

Sedante soledad de la llanura
que despierta la sed de la hermosura
y enciendes al amor el apetito.

El paisaje floral de tu mirada
es un imán sereno, una llamada
que se clava en la sangre como un grito.

FLOR DEL ALMENDRO, FLOR RECIÉN NACIDA.
CON TU CARNE EN EL AIRE,
SIN PAÑALES,
CON TU INOCENTE CANDOR
DE MANANTIALES
QUE BROTAN
DE LOS SENOS
DE LA
VIDA.

Antología

ÉL ÁRBOL

Nuestro árbol fue seco
con las ramas torcidas
y las hojas sin vuelo.

A la sombra de otros
nuestro árbol fue menos.
Ni a la luna llegaba
en las noches de enero.

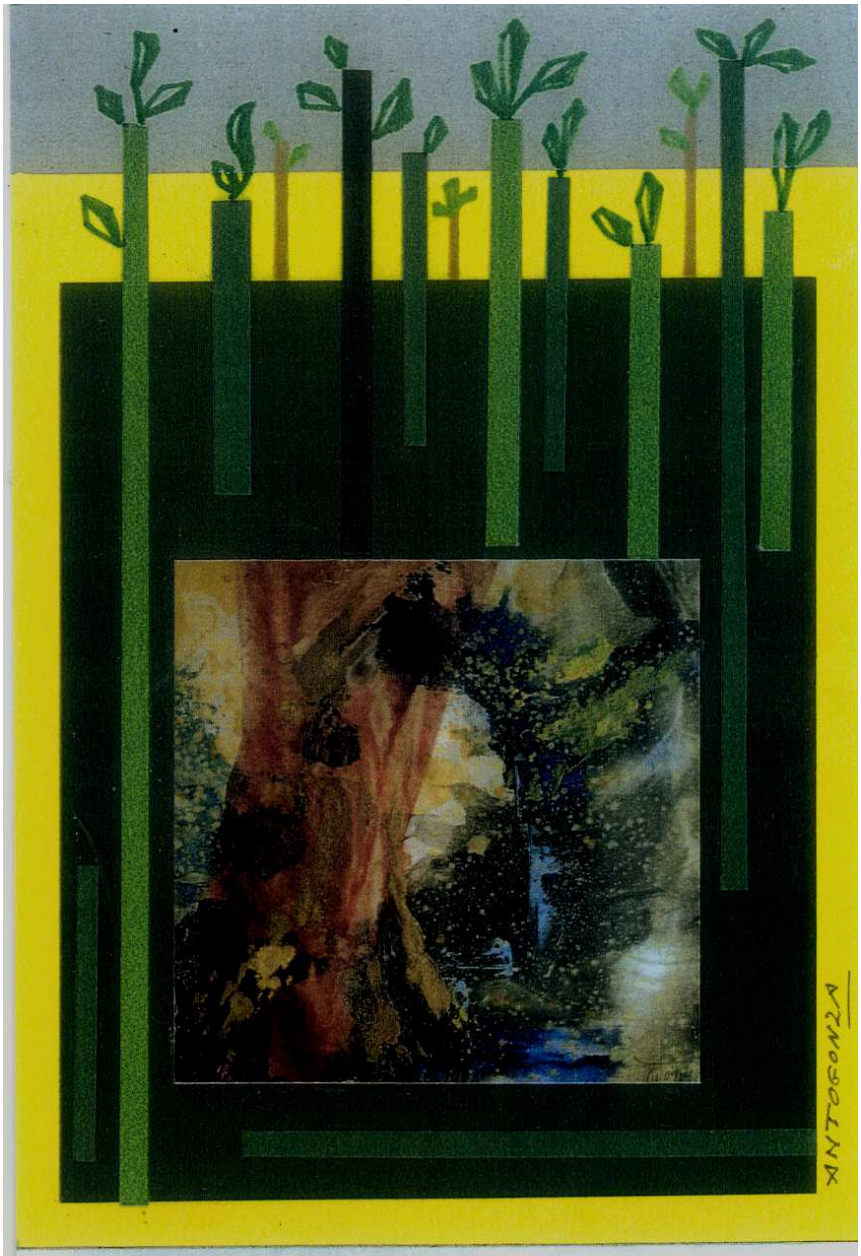
Con la ausencia del agua
nuestro árbol pequeño
se quedaba sin frutos
sin nacer el primero.

Sin el sol de la vida
era un tronco desierto
en la senda escondida
a la orilla de un huerto.

En un bosque de verdes
nuestro árbol cubierto
parecía la imagen
de un pasado que ha muerto.

Pero el árbol tenía
sus raíces por dentro
de la tierra materna
que le daba su cuerpo,

que le daba la vida,
aunque fuera de lejos,
y el dolor de ser alguien
aunque fuera pequeño.



EN UN BOSQUE DE VERDES
NUESTRO ÁRBOL CUBIERTO
PARECÍA LA IMAGEN
DE UN PASADO QUE HA MUERTO.

A Orihuela

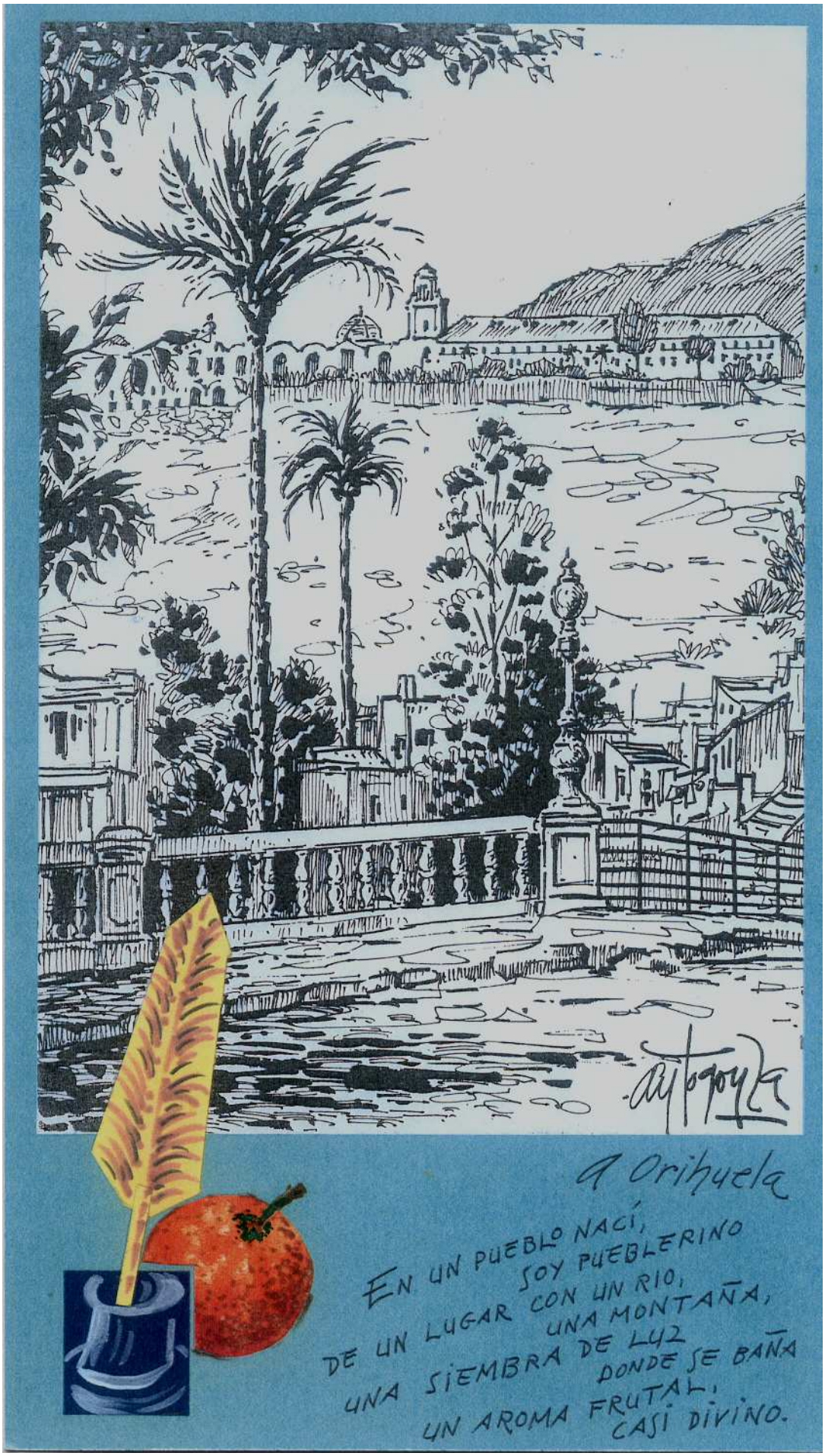
LUGAR

En un pueblo nací, soy pueblerino
de un lugar con un río, una montaña,
una sombra de luz donde se baña
un aroma frutal, casi divino.

Sentí la tierra hundirse en mi camino
y abrirse el corazón que me acompaña,
cuando de niño anduve por la entraña
maternal de mi sangre y de mi sino.

Desde mi origen pobre y sin ventura,
teniendo por escudo sol y frío
y por señal un surco al infinito,

siento memoria fiel de la ternura
de aquel prado caliente, de aquel río
y del lugar aquel donde no habito.

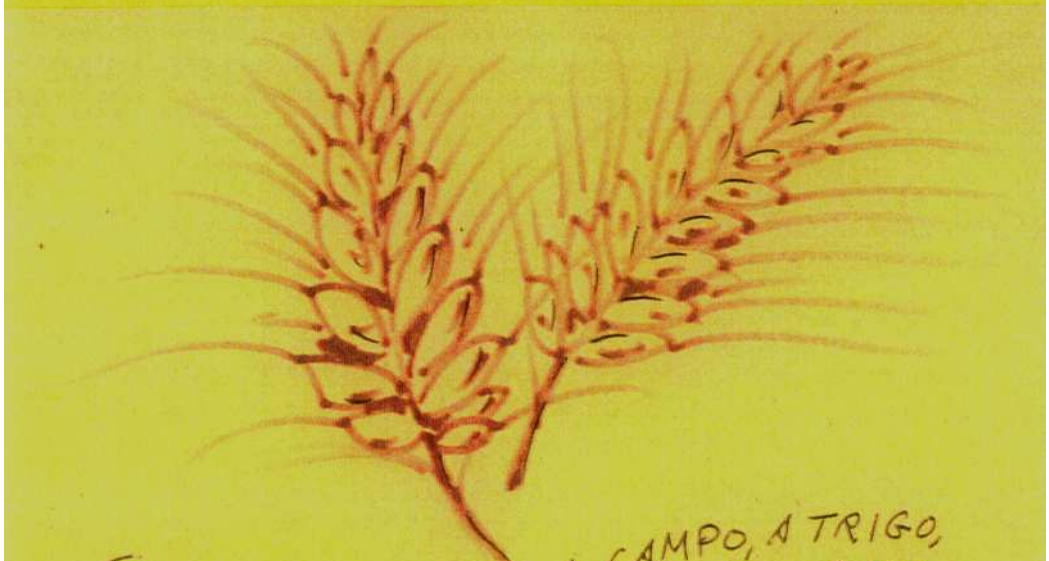

a Orihuela
EN UN PUEBLO NACÍ,
SOY PUEBLERINO
DE UN LUGAR CON UN RIO,
UNA MONTAÑA,
UNA SIEMBRA DE LUZ
DONDE SE BAÑA
UN AROMA FRUTAL,
CASI DIVINO.

Siento un sabor a campo, a trigo, a trilla,
a pan de corazón, a pan bendito,
a templo donde el sol lanza su grito,
donde la sombra guarda su semilla.

De la fruta en sazón a mi mejilla
sube un olor a horno, a infinito
a heno consagrado por el rito
de los hombres que doblan la rodilla.

La madurez en pleno me devora
en un vitral espasmo de hermosura
hasta romper la sed que hay en mi pecho,

y el sudor de mi sangre da la hora
en el campo voraz donde se apura
el alma creadora en mi provecho.



SIENTO UN SABOR A CAMPO, A TRIGO,
A TRILLA,
A PAN DE CORAZÓN, A PAN BENDITO,
A TEMPLO DONDE EL SOL LANZA SU GRITO,
DONDE LA SOMBRA GUARDA SU SEMILLA.

QUIERO RECORDAR TU FIGURA Y ME ALUMBRAN, ENTONCES, IGUAL QUE FOGONAZOS, TUS RECUERDOS

Mis primeros recuerdos infantiles se refieren a un cuento que nos relataba mi padre cada domingo a mi hermana y a mí. Las mañanas de aquellos días de fiesta al despertar, nuestra ilusión era ir a la cama de mis padres para continuar oyendo el relato que mi padre retomaba sobre las aventuras de una cabrita llamada Coral, con una condición previa, nosotras debíamos recordar dónde se había acabado el domingo anterior el cuento.

Cuando evoco mi infancia tengo presente el ambiente de aquellos difíciles años 50 y 60, tan parcos en cosas superfluas. Recuerdo aquellos calcetines de algodón remendados en los talones y el esfuerzo que hacíamos para que no se vieran por encima de los zapatos, también recuerdo los bocadillos de la hora del recreo: eran de salchichón, de sobrasada, pero nunca de jamón.

Vivíamos mi familia y yo (los cuatro como le gustaba decir a mi padre) en un tercer piso de una calle del Barrio de San Blas, cuyo nombre era todavía el del constructor y después fue calle del Poeta Garcilaso de la Vega. La fachada daba al cementerio viejo, pero por la parte trasera se contemplaba el mar desde el cabo de Santa Pola al Cabo de la Huerta. Allí era donde estaba el despacho de mi padre, donde escribía, leía y recibía a sus amigos. Allí conocimos mi hermana y yo a Josefina Manresa, que venía desde Elche al cementerio de Alicante, donde reposan los restos de Miguel Hernández. La recuerdo evocando con mi padre el ambiente de Orihuela que ambos habían vivido en su juventud, también recuerdo su belleza serena, su mirada triste y su voz.

La gente que venía a Alicante buscando noticias del poeta Miguel Hernández pasaba por mi casa: Concha Zardoya, Mª de Gracia Ifach, Marie Chevallier… Mi padre también mantenía amistad y correspondencia con otros escritores y poetas del resto de España, Mª Beneyto, José Albi, Julián Andúgar, Vicente Aleixandre…

Una tarde de verano, el poeta Blas de Otero, que pasaba unos días en Alicante, se encontraba en mi casa. Mi vecina de abajo me pidió que fuese a jugar a la calle, mi respuesta fue que no iba a salir porque "estaba en mi casa el mejor poeta de España". Respuesta que hizo sonreír al poeta que escuchó todo esto a través de una ventana abierta.

En el estudio que el pintor Gastón Castelló tenía en la calle San Fernando se organizaban de cuando en cuando reuniones a las que acudían escultores como Carrillo y Gutiérrez, pintores como Pérez Pizarro, cantantes de coro como Antonio Oliver (el Bardo), acompañados de sus mujeres e hijos; allí se merendaba, se cantaba "La Cabrita" interpretada magistralmente por Gastón y el Bardo.

Fue fundamental en la vida mi padre y en su obra la relación con sus amigos de Orihuela, Carlos Fenoll, los hermanos Sijé y Miguel Hernández. Era mi padre el benjamín, (7 años le separaban de Miguel), de aquellas reuniones en la tahona de los Fenoll en la calle de Arriba, pero siempre le oí narrar con verdadera emoción el momento del nacimiento de los primeros poemas de Miguel Hernández o de Carlos Fenoll.

La pérdida de la guerra, la muerte de Miguel en la cárcel de Alicante, y muchos otros reveses de aquella época, hacen escribir a mi padre estos versos:

Quiero recordar tu figura y tu acento,
y más te pierdo cuando más te busco,
desisto de mi empeño, aunque no te olvido,
que más vivo estás en mí, ahora de muerto,
que lo estuviste antes, cuando vivo.

En los años 70 y 80 mis padres hicieron realidad uno de sus sueños, viajaron a París, Roma, Grecia o Viena. Mi padre siguió escribiendo poesía, artículos en prensa, revistas o llibrets, y dando charlas y conferencias. Este ajetreo viajero, el nacimiento de sus nietos y el contacto humano en charlas, conferencias y encuentros literarios, fueron llenando su vida hasta el final.

Marilé Molina Varó

Manuel Molina

"Apasionadamente seguimos conversando,
ebrios de mar y de noche, y el tiempo es nuestro idioma…"
Carlos Sahagún

Y con el miedo trémulo al papel en blanco
cabalgamos a horcajadas el sintagma de la sinéresis
y hablamos ensueños de la metáfora.

Pues yo sí puedo decir que he renacido
de las barbas del Mar,
y lo digo con el orgullo que me presta su linaje,
pero por más que lo intento y persevero no
hallo concatenación en una poesía prostituida.
Porque no vale nada
lo que a nada respondes.

Con todos mis pensamientos
me fui fuera del Universo
y allí se me quebraron los párpados
porque allí estabas tú.
Tranquilo como una luna flotando
en un mar de estrellas.

Y es que todo en mi vida
circunda en torno a ti.
Velo por tu sonrisa
para que amplíe el piélago,
por tus pupilas
para nadar en el océano,
en tus labios,
para ser la comisura perfecta.
Y es que si no te tuviera no tendría razón
la palabra, ni la forma, ni la sinéresis
ni todas esas cosas por las que te levantas y mueres.

Inma Méndez-Alféizar

MIGUEL HERNÁNDEZ Y MANUEL MOLINA. UNA AMISTAD EN DOS TIEMPOS

Manuel Molina que, durante los años del franquismo fue el más activo y entusiasta propagador de la obra hernandiana en Alicante, en las últimas décadas viene siendo oscurecido por algunos biógrafos del autor de *Viento del pueblo* que prescinden de su modesto papel en el *dramatis personæ* de la juventud oriolana del poeta y minimizan sus esfuerzos por mantener viva la memoria de Miguel en los años más adversos. Los testimonios de Molina, recogidos en su ensayo literario *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela* (Málaga, El Guadalhorce, 1969) son objeto de prevención, calificados de candorosas impresiones de adolescencia sublimadas por el recuerdo nostálgico y por ende poco fiables. De hecho se han visto postergadas ante datos y opiniones aportadas por otros compañeros de ilusiones republicanas con pretensiones de mayor veracidad, aunque no exentas de contradicciones, como las de Jesús Poveda en su exilio mexicano (*Vida pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández. Memoria-Testimonio,* 1975) o –desde su destierro murciano– las de Ramón Pérez Álvarez[10], secretario de *Silbo*, nacido en 1918, más joven que Molina. Ambos le achacaron el invento de la tertulia lírica de la tahona de los Fenoll bajo sospecha de intrusismo y trataron de desacreditarlo en términos desmesurados. La animadversión personal del segundo llegó incluso a la negación del saludo en cierta visita que hizo a la biblioteca alicantina donde Molina trabajó hasta los años 1980. Sin embargo, aquel irreductible anarquista transigió con otras ficciones, más difundidas sobre la religiosidad de Hernández o sobre el mismo retablo teatral de la idealizada tahona, como las de Juan Guerrero Zamora (*Noticia sobre Miguel Hernández*, 1951, *Miguel Hernández, poeta*, 1955) con quien Ramón también mantuvo relación como informante. Respecto a Poveda, casado con Josefina Fenoll, después de algún tiempo de malentendidos con Molina, se produjo la reconciliación en Torrevieja. Lo atestigua la memoria de Maruja Varó y una carta de Jesús a Molina fechada el 15-6-1987: «Amigo Manolo: Gracias por tu carta y la fotocopia de esta página de *La Verdad* que contiene tu trabajo sobre Miguel. Mi mujer y yo os recordamos con todo cariño y esperamos que no se tengan que cumplir otros cincuenta años para reencontrarnos de nuevo. ¿No os parece?...».

Contra quienes han creído ver en los recuerdos de Molina un intento de acogerse a la sombra de un gran poeta para encontrar su hueco en la gran historia literaria, los que conocimos al autor de *Hombres a la deriva* sabemos que no figuró nunca entre sus objetivos literarios el de medrar a cuenta ajena. Colaborador de prensa, con frecuencia gratuito, difundía en cuanto tenía ocasión obra y recuerdos de Hernández, de Sijé o de Fenoll, que después reelaboraba en opúsculos publicados a sus expensas con el legítimo interés de dar mayor fijeza a sus testimonios.

Los límites de una amistad

Nacido en 1917, Molina era siete años más joven que Miguel. Su relación con él comenzó siendo de vecindad hasta que, en su adolescencia, el deslumbramiento que le produjo Carlos Fenoll, el panadero de la calle de Arriba, lo llevó a admirar los versos de todos sus amigos, y a identificarse con los muchachos mayores que frecuentaban el obrador de la tahona. Su más antigua referencia pública a aquellas sensaciones data de 1946, en la primera revista *Verbo*, mucho antes de sus aludidas evocaciones de 1969:

"Desde que éramos niños conocemos a Carlos Fenoll. Sus padres eran panaderos y él empezó este oficio, casi sagrado, teniendo como aprendizaje repartir la luciente y olorosa

[10]Véase la selección póstuma de sus artículos editados por Aitor L. Larrabide y José Luis Zerón Huguet en *Hacia Miguel Hernández*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández/ Empireuma, 2002.

mercancía a domicilio de la cómoda clientela. En estas correrías que él hacía con un magnífico humor, le acompañábamos muchas veces. Amenizaba el tiempo recitando versos y contándonos fantásticas historias que nos llenaban de entusiasmo. A veces estas leyendas eran larguísimas y tardaba varias jornadas en relatarlas hasta darles fin. Nosotros –en ocasiones éramos varios los oyentes– las seguíamos con creciente interés y ésta constituía nuestra más preciada diversión. Pasó el tiempo y su vocación literaria se fue acrecentando como su propia vida. Las horas que multitud de jóvenes mustiaban tristemente en vanas discusiones deportivas u otras frivolidades semejantes, las invertía nuestro admirable Carlos junto a un grupo de soñadores de la Belleza que, en las más apartadas dependencias de su casa, a sí mismo se había creado. Entre otros, allí asistían los inolvidables Ramón Sijé y Miguel Hernández, amigos entrañables del poeta panadero. Allí nacieron –el tiempo siempre pasa– aquellas hojas amarillas –otoño fecundo– que aún guardan su permanencia en alguna biblioteca provinciana y que tuvo por nombre y lema este trino de jilguerillo verde: *Silbo*, en las que colaboraron los más grandes poetas de la época."

La diferencia de edad no permitió una estrecha confraternización poética entre ambos durante aquellos prometedores años de la República –Manolo no publicó sus primeros versos hasta 1937–, aunque hubo momentos de coincidencia y camaradería antes de su trasladado familiar a Alicante en 1935 y de que Miguel marchara de nuevo a Madrid. Un Molina quinceañero sólo había podido ser mudo asistente a la inauguración del monumento a Miró en la Glorieta oriolana (1932) cuando Hernández ya ejercía su cuota de protagonismo. Pero, a mediados de 1934, se produjo una convivencia imprevista que dejó huella en la sensibilidad del más joven. Miguel, para completar las últimas escenas de su auto sacramental, quiso retirarse al Campo de la Matanza para componer sus versos en plena naturaleza. Manolo supo que lo iba a acompañar su amigo Antonio Gilabert, primo hermano del poeta, y consiguió que sus padres le permitieran ir con ellos. El tiempo quizás enmarañó detalles en la memoria del muchacho, pero quedó intacta su impresión ante el vitalismo creativo del poeta impregnado de imágenes campesinas llenas de realidad. Molina quedó impresionado por la lectura que Miguel les hacía de sus versos recién hechos. También recordaba la emoción que el joven poeta transmitía al recitar *La carbonerilla quemada*, de Juan Ramón, ante los niños de la escuela graduada que dirigía Francisco Giménez Mateo, tío de Manolo. No faltaron por entonces otros momentos que alimentaron en Molina la sensación de proximidad a sus amigos mayores: algunas correrías en grupo por la huerta y baños en el río; las rudimentarias escenificaciones de *Quién te ha visto y quién te ve*… en el Salón Novedades, con intervención del primo Antonio Gilabert, o las primeras lecturas de *El torero más valiente* en la salita de costura de "las Catalanas", tuvieron lugar preferente en la memoria de Manolo, a quien Miguel, desde Madrid, recordaba en algunas de las cartas colectivas enviadas a Fenoll: "No escribo a mi primo, no escribo a Molina, no escribo a no sé cuántos amigos. Me es imposible por completo repartirme más... Diles que me perdonen[11]".

Durante la guerra civil hubo otros encuentros. El primero en el Madrid cercado, diciembre de 1936, en la sede de la Alianza de Intelectuales, en compañía de Carlos Fenoll y Jesús Poveda como consta en testimonios epistolares de Vicente Aleixandre a quien los tres visitaron en aquella ocasión en su casa de la calle Españoleto 16:

"Somos los mismos que aquellos días nos vimos, días que valieron por años y sangre que valió por torrentes. ¿Te acuerdas del vinillo que nos tomábamos en aquel día de Navidad? Tú con tus 18 años y los simpatiquísimos Fenoll y Poveda un poco mayores que tú, con sus veintitantos. De toda aquella larga temporada es uno de los recuerdos más puros que tengo. Luego Miguel vino muchas veces, mi gran Miguel que era como un hermano chico para mí, y me habló de vosotros[12]…"

---

[11] Carta de Miguel Hernández a Carlos Fenoll, febrero 1936, *Obra Completa*, II, Madrid, Espasa Calpe 1992, p. 2.369. Véase alusión a otra carta perdida en Molina, *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela*, ed. cit., p.57.
[12] Carta de Vicente Aleixandre a Manuel Molina, 29-2-1952. (Archivo de Maruja Varó).

El segundo encuentro fue en el verano de 1937, con motivo de la conferencia de Miguel poeta de guerra en el Ateneo de Alicante. Aquella tarde Molina le presentó al joven Vicente Ramos. El tercero, casual, en un café de la valenciana calle de la Paz, en 1938, recién salido Miguel de una temporada de reposo en Cox. En esta localidad tuvo lugar el último encuentro durante la precaria libertad del poeta antes de su prisión definitiva. Para instarle a que no se dejara ver por Orihuela, a Cox acudieron Carlos Fenoll y Molina, circunstancia poco considerada por los biógrafos más recientes de Miguel, pese a haber sido recordada por la propia Josefina Manresa en sus *Memorias*[13].

Al término de la guerra Molina recuperó pronto su relación con Fenoll, a quien trató de asociar al proyecto de una agencia publicitaria basada en la común habilidad versificadora. La suerte de Miguel Hernández le preocupaba como prueba una carta de Adriano del Valle en 1940. El traslado del poeta a Alicante a mediados de 1941, lo llevó a mantener contacto con Josefina a quien conocía desde su primera juventud y con Elvira Hernández, avecindada entonces en Benalúa. Maruja Varó recuerda cómo su hija Elvirín les dio la noticia de la muerte de su tío Miguel, en la calle Pardo Jimeno donde estaba jugando al corro con otras niñas. En el número 15 de dicha calle se encontraron con la viuda que permaneció aún unos días en Alicante tras la muerte de su esposo.

Una memoria laboriosamente desamordazada

Molina inició su reivindicación de Miguel de manera inmediata, boca a boca y por vía epistolar –cartas de Aleixandre, Ricardo Blasco, José Juan Pérez, Leopoldo Urrutia y otros lo atestiguan– hasta que pudo llegar la hora de hacerlo en letra impresa, reivindicando al mártir de la causa popular y difundiendo su nombre ligado a su alta jerarquía poética:

"Cuando murió Miguel –escribía en un raro texto de 1958–, sólo una escasa minoría de españoles y unos cuantos hispanoamericanos conocían su obra. La pasión de la guerra civil española había borrado las huellas de su nombre atronador, su voz de rayo vibrando en las trincheras. El poeta quedaba sepultado bajo el viento iracundo de la resaca final. Pero su semilla ardía en la tierra joven de España. Sus poemas –mecanografiados por fieles amigos– circulaban veladamente por tertulias y aulas, conmoviendo con su grandeza los más limpios corazones de la patria española. Algunos ejemplares de sus primeras obras publicadas, volvían a nuestras manos con la pátina inconfundible de los libros sometidos a múltiples lecturas[14]…"

Su colaboración con Vicente Ramos y después con José Albi en la revista *Verbo*, le abrió amplios contactos en España y en América. En diciembre de 1946 vio la luz en esta publicación su *Réplica a Espadaña* donde reclamaba para Miguel Hernández la condición de gran poeta sin empequeñecerlo con el compasivo marbete de "malogrado". La confianza que Josefina Manresa tenía en Manolo abrió las puertas de su casa a Juan Guerrero Zamora, que pese a su inserción en los cuadros culturales del movimiento llegaba avalado por Vicente Aleixandre; al matrimonio Francisco Ribes y Josefina Escolano (*Mª de Gracia Ifach*) que trataron de contribuir a la educación de Manuel Miguel Hernández; a Concha Zardoya, entre tantos otros. Todos dejaron en sus libros testimonios de la disponibilidad de Molina que el lector interesado podrá encontrar abundantemente documentada en el libro *Miguel Hernández en Alicante* publicado con Ramos en 1976, con quien había coeditado en la colección Ifach los *Seis poemas inéditos y nueve más* veinticinco años antes. Manolo propagó sus recuerdos de Miguel en todo tipo de foros, desde las pioneras conmemoraciones del 50 aniversario de su nacimiento (1960) –*Les Langues Néolatines* (Paris)– a los primeros homenajes no autorizados durante el tardofranquismo como el convocado en la Universidad de Valencia al cumplirse los veinticinco años de su muerte (1967), donde predicó el hernandismo en momentos políticos muy tensos. Diez años antes de la gran recuperación popular del poeta, Manolo sabía despertar la admiración de adolescentes desprevenidos que escuchaban de su boca por vez primera aquellos versos

[13] Josefina Manresa, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ed. de la Torre, 1980, p. 101.
[14] Manuel Molina, "Vida y obra del poeta" en *Poetas de Ayer y de Hoy. Cuadernillos de poesía* dirigidos por Simón Latino. Buenos Aires, 1958, p. 2.

de vida, amor y muerte en institutos huertanos muy cerca de Orihuela, como el de Alquerías, donde yo impartía docencia en 1966.

En el proceloso año de 1976, cuando aún no se habían activado los mecanismos democráticos, Molina encabezó la lista de cuarenta escritores y artistas alicantinos firmantes de una carta pública (20 de febrero) para reclamar de las autoridades municipales un monumento que perpetuara la memoria del poeta en un lugar destacado de la ciudad. Semanas después se adhería a la convocatoria del gran *Homenaje de los Pueblos de España a Miguel Hernández* que tanta expectación despertó en aquel año de vísperas democráticas[15]. Cuando en 1977 la figura de Miguel se consagraba como mito de amplio alcance popular, Molina temió que la incorporación apresurada de nuevos devotos fijara una imagen empobrecida y confusa del hombre que él había conocido. Sobre todo manifestó su temor ante la presencia de conversos que antaño insultaron al poeta hasta en su muerte y escupieron en su memoria, aquéllos que, de paso, querían hacer de él todo lo que no había sido: "beato, burgués y simple". Fue entonces cuando Manolo, que nunca fue historiador ni biógrafo, cuyas aportaciones a la memoria habían sido más bien intimistas y líricas, incitó decididamente a la investigación histórica reclamando de los especialistas la revisión del proceso de Miguel, la indagación de su conducta durante la guerra, su identificación con la causa republicana como soldado "con pan y hábito pobre, sin más metal que el de su voz vibrando en las trincheras" que con el fracaso y la derrota "aceptó el paso de la pena como un soldado[16]".

Por aquellas fechas también participó en la confección del número que bajo el título de *Vida y muerte de Miguel Hernández* publicó la revista malagueña *Litoral* en febrero de 1978. Allí apareció un soneto suyo –no incluido en *Amistad con Miguel Hernández*[17] ni en sus *Versos escogidos* (1992)– con el que cerramos esta apresurada evocación de una amistad que si bien no fue determinante en la vida de Miguel, tuvo una proyección nada desdeñable en el sustento de su memoria durante la posguerra[18]:

"**Sonido de Miguel**: // Tú me suenas a mar, Miguel, me suenas / a una tierra profunda y conmovida, / me suenas al dolor que da la vida / cuando nos llega roja de cadenas.// Me suenas a pesar, a penas, penas / que dejan un cuchillo en cada herida,/ una boca sangrante y decidida /a romper el terror y sus cadenas. // Tú me suenas, Miguel, vivo y cercano, / al borde de la palma de la mano / con el brazo valiente de tu nombre. // Me suenas a verdad, a puro vino, / a flor de pan del horno del vecino, / con temple de varón, templo del hombre.//"

Cecilio Alonso

[15] Francisco Moreno Sáez, coord., *Homenaje de los pueblos de España a Miguel Hernández*. Alicante, Universidad de Alicante-Fundación Pablo Iglesias, 2010, pp. 15 y 22.
[16] Manuel Molina, *Un mito llamado Miguel. XXXV aniversario de la muerte de Hernández*. Alicante, Silbo, 1977, pp. 35-36.
[17] En *Amistad con Miguel Hernández* (Alicante, Silbo, 1971, pp. 70-76) recogió Molina ocho poemas dedicados a Miguel procedentes de la revista ilicitana *Estilo* (1947) y de sus libros *Hombres a la deriva* (1950), *Camino adelante* (1953), *Versos en la calle* (1955), *Coral de pueblo* (1968) y *Balada de la Vega Baja* (1970).
[18] *Litoral. Revista de la Poesía y el Pensamiento*, 73-75 (1978), p. 186.

POR SU EVIDENTE INTERÉS REPRODUCIMOS LA ENTREVISTA REALIZADA AL POETA POR LOS ALUMNOS DE OCTAVO CURSO DEL COLEGIO PÚBLICO SAN FERNANDO, APARECIDA EN EL PERIODICO INFORMACIÓN EL 20 DE MARZO DE 1990

VISITA A MANUEL MOLINA, POETA AMIGO

Don Manuel es un poeta conocido en Alicante, donde vive hace muchos años, aunque nació en Orihuela. Es un hombre muy amable que estuvo con nosotros más de dos horas, hablándonos de sus recuerdos de su amigo Miguel Hernández y nos explicó muchas cosas de su obra. Tuvimos también la gran suerte de poder contemplar las cartas que Miguel, cuando ya estaba en Madrid, les dirigía a sus amigos de Orihuela que se reunían en la panadería de Carlos Fenoll. Allí conoció don Manuel a Miguel y a Ramón Sijé –que en realidad se llamaba José Marín- que era el más listo de todos porque estudiaba derecho y tenía una gran afición literaria.

-Ramón nos hablaba de los clásicos y fue como el maestro de todos. Yo conocí a Miguel en 1933, cuando publica “Perito en lunas” y ya en Orihuela era conocido como “el poeta de la calle de Arriba”.

-¿Qué recuerdos guarda usted de Miguel Hernández?

-Yo tenía 16 años cuando lo conocí y recuerdo mucho el haberlo visto escribir el último acto del auto sacramental estando en el campo de La Matanza y luego en la panadería de Fenoll y otras veces mientras paseábamos por la ciudad nos recitaba lo que había escrito. Era una maravilla escribiendo a máquina y yo lo vi muchas veces cuando trabajaba en una notaría cerca de la cual vivía Josefina, la que después sería su compañera y esposa. También recuerdo nuestro encuentro en Madrid durante la guerra civil, en casa de Vicente Aleixandre, en la calle Españolito 18. Allí el premio Nobel nos leyó el original de "La destrucción o el amor".

El hombre

-¿Cómo era Miguel?- le preguntamos a don Manuel.

-Angelical, muy humano, persona muy amable, pero yo creo que muy ingenuo. Por eso lo apresaron al acabar la guerra. El se vino a Cox con Josefina y un grupo de amigos que lo supimos fuimos a aconsejarle que no regresará a Orihuela hasta pasado algún tiempo, pero no nos hizo caso.

-¿Le habló alguna vez de la guerra civil?

-Sí y me dijo que era una guerra entre pobres y ricos y que una vez más la habían perdido los pobres.

-¿Cómo recibió la noticia de su muerte?

-Pues en la mismísima plaza de Benalúa yendo yo con mi esposa Maruja. Un sobrino de Miguel se nos acercó y nos dijo "se ha muerto mi tío Miguel". Fue terrible. Todos los que le conocimos de alguna manera estamos "marcados" por él.

Y aquí llegamos al final. La pasada semana cogimos las cámaras y fuimos a fotografiar las pinturas murales que varios artistas alicantinos hicieron en el entorno del antiguo reformatorio de adultos, en una de cuyas celdas pasó los últimos meses de su vida Miguel Hernández. Los murales son un homenaje a Miguel, García Lorca y Machado. Nos ha parecido una gran idea que se perpetúe la memoria de tan grandes poetas.

La Pipa

No sé por qué razón ni qué motivo
o por qué intuición indefinida
que, entre todas las cosas que recuerdo,
pienso en la pipa de Manuel Molina.

No era la pipa ajena a su persona,
que era en él algo que le definía,
que le complementaba como hombre,
que le daba su imagen distintiva.

No sé si aquella pipa echaba humo
o si estaba apagada o consumida,
pero sí sé que aquella pipa era
parte de su bondad y simpatía.

Hoy evoco este objeto cotidiano,
aquella suya, imprescindible pipa,
cuando en el Ateneo de Alicante
compartíamos momentos de poesía.

Hoy que a Manuel Molina un homenaje
nuestra revista AUCA le dedica,
no sé en qué cajón pudiera estar
aquella pipa de Manuel Molina.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

CONVERSACIONES CON MARUJA VARÓ

He ido a visitar a Maruja Varó para conocerla a ella y, a través de sus palabras, a su esposo el poeta Manuel Molina, cuya obra estamos estudiando, con el objetivo de dedicarle nuestra próxima revista. Me agrada tener la ocasión de hablar con los allegados al homenajeado porque nos dan la versión más entrañable y cercana de su persona.

Maruja Varó es una señora mayor pero bastante más joven de lo que indica su partida de nacimiento. Vestida y arreglada con mimo, con una sencillez elegante y una cortesía exquisita, me ha recibido en su hogar y, después de presentarme a su hija Marilé, -tan agradable como la madre-, me hace pasar a una salita donde nos ponemos a charlar amigablemente. Al poco rato me doy cuenta de que se ha creado un clima de cordialidad en la intimidad de la salita que facilita la conversación y la fluidez de los recuerdos.

Comienza Maruja hablándome de la niñez de su esposo en Orihuela, a donde el poeta vuelve una y otra vez al rememorar su infancia:

En un pueblo nací, soy pueblerino
de un lugar con un río, una montaña,
una siembra de luz donde se baña
un aroma frutal, casi divino.

Era el mayor de nueve hermanos; el padre, un pequeño empresario que se dedicaba a la construcción de caminos y carreteras para la Diputación, se veía en serias dificultades económicas para mantener a su familia por lo mal pagado que estaban estos trabajos.

Manuel era un chiquillo muy revoltoso que siempre llevaba cargados de piedras y a punto de reventar los bolsillos del pantalón, por ser en aquellos días las “pedreas” el deporte preferido por los muchachos, preferencia que le ocasionó algunas heridas sin importancia y bastantes regañinas de sus progenitores. A pesar de su carácter inquieto, era un buen estudiante que, lamentablemente y a causa de los problemas económicos antes apuntados, no pudo terminar el bachillerato por tener que incorporarse al negocio familiar como listero cuando sólo contaba quince años.

El instituto entero le atraía
como un imán de pájaros veloces
que fueran sobre el mar, al paraíso.

Por los libros cogidos a hurtadillas
aprendimos a leer escasamente.

A esa edad ya se había manifestado en él la inclinación a las letras, inclinación que más tarde adquirió rango de vocación imperecedera, alimentada en las reuniones de amigos celebradas en la tahona de Carlos Fenoll, en la oriolana calle de Arriba.

Lo mejor de mí mismo sois vosotros
que iluminái mi senda de hermosura,
(…) Amigo, amigo, amigo; mis Amigos
que cerca estáis del alma de mi alma.

Maruja Varó me habla de aquellas -ahora míticas-, reuniones, con la misma emoción con que podría hablarme de sus propios recuerdos, como si hubiera acompañado en persona al grupo de muchachos que se unían para celebrar, con toda la alegría y fuerza de la juventud, el amor compartido por la poesía. Tantas veces su esposo evocó ante ella a sus amigos y

aquellos días felices, que su memoria se ha fusionado con la de él, de tal manera que a través de sus expresivas palabras me parece contemplar, como por una ventana abierta al ayer y envueltos en el aroma candeal de la tahona, a Carlos Fenoll que recita poemas improvisados mientras trabaja ante la boca del horno y saca con la pala el pan de una de las tres tandas diarias; a su bella hermana que resplandece tras el mostrador mientras atiende a los clientes; a su lado le da palique Ramón Sijé, enamoradísimo de ella, y ¡cómo no! a Miguel Hernández, vehemente y apasionado, cuya risa espontánea, un relámpago de blancura en su faz morena, rebajaba en ocasiones el grado emocional que adquirían los recitales. Con ellos está el benjamín, Manuel Molina, absorbiendo por todos sus poros aquel ambiente lírico, orgulloso de que Miguel le hubiera permitido acompañarlo en el campo de La Matanza mientras escribía su obra "Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras.", y tan esperanzado como los demás ante un porvenir que se anunciaba lleno de promesas y cambios que harían de nuestro país una nación más culta y más justa. Después la guerra frustró sus esperanzas; se vieron cercenados los proyectos; el calor de la tahona trocado por el frío de las trincheras; las ilusiones líricas por la realidad del campo de batalla, pero no pudo acabar con aquella amistad ni en las más terribles circunstancias.

La poesía fue para el benjamín la forma de sobrevivir en un medio hostil, de luchar contra el olvido, el medio de mantener viva la llama de la esperanza y el recuerdo de sus mayores.

El amigo de ayer, el hombre bueno,
aquél con quien jugábamos de tarde
al terminar el último rastrojo,
ya no está con nosotros;
una tarde
se fue para olvidarse que existía.
Sólo un recuerdo amargo nos contempla
de soledad que quiere recluirnos
a masticar ceniza y polvo viejo.

* * * *

En 1940, terminada la contienda, Manuel vuelve a su casa y se une al grupo de jóvenes poetas en el que se encuentran: Vicente Ramos, Rafael Azuar, Francisco G. Sempere, Carlos Fenoll y Adolfo Lizón, e intenta olvidar la dolorosa experiencia vivida: "*De los recuerdos de la guerra civil española, en la que participé desde el año 1936 al 39, no he querido dar cuenta ni razón en mis escritos. Siempre pasé por estos acontecimientos* '*a uñas de caballo*'. *Porque mi intención, desde un principio, fue olvidarla. Pero las guerras no se olvidan."*

SE LLAMABA Manuel, murió en la guerra,
sin pluma ni papel, analfabeto.
Nunca supo por qué. El parapeto
dividía a los hombres en la tierra.

Los Molina, que se habían trasladado a Alicante en 1935, vivían en la calle Sevilla, domicilio cercano al de la familia Varó, cercanía que propició el conocimiento de los jóvenes. Una hermana de Maruja había entablado amistad con una de las de Manuel quien las invitó a una fiesta familiar que se iba a celebrar en su casa. Cuando el día señalado acudían a la cita, vio Maruja por primera vez a Manuel en un grupo de chicos que llevaban el mismo camino que ellas, y comentó que era el que más le gustaba. "*Es mi hermano, y el que está a su lado es Antonio Gilabert, primo del poeta Miguel Hernández",* dijo entonces la nueva conocida. En la fiesta Manuel distinguió con sus atenciones a la que después sería su esposa. Fue un amor a primera vista. Después de aquel día comenzaron a verse regularmente, no tardando en formalizar su noviazgo. Maruja iba a cumplir 15 años; Manuel tenía 22.

"Y, enseguida, nos damos cuenta que el encuentro, que el hallazgo, no es totalmente inédito, que en algún lugar, sin referencia geográfica, nos hemos visto alguna vez…".

Pronto hubieron de separarse los enamorados porque Manuel Molina fue llamado a filas y tuvo que cumplir el servicio militar en Burgos. El noviazgo continuó a base de cartas y envíos de fotografías durante los dos años largos que duró.

"*Una carta tuya (…) tiene la gracia, esa esencia eterna que como la humilde hierba del monte, siempre pone la paz en lo íntimo del corazón."*

El 6 de diciembre de 1943 la pareja contrajo matrimonio. El padrino fue Antonio Gilabert, el primo de Miguel Hernández, siempre presente, de una u otra manera, en la vida de Molina.

Un orfeón de pájaros silvestres
descorchaban la copa de los árboles.
(…) Era una boda tierna como un beso
de inocente varón y su pareja.

El joven matrimonio se instaló en las estribaciones del Cabo de la Nao. Allí Manuel estaba trabajando como capataz en la construcción de un ramal de carretera que, partiendo de la del Cabo, facilitaría el acceso a la playa de La Granadella, venciendo la abrupta pendiente que se precipita entre paredes graníticas hasta el mar.

Alquilaron una pequeñísima casita encaramada en lo alto del monte que había sido de un carabinero, compuesta por dos habitaciones, un patio equipado con un horno moruno, una pila, un aljibe y un pedacito de huerto, tan pequeño, que sólo podían convivir en él un almendro, una higuera y una chumbera. Dos o tres casitas similares y lejanas componían la vecindad.

Huele mi casa a yerba campesina,
a fragante romero y a tomillo,
(...) Huele mi casa a sol, a sal vecina
del mar que está vestido de su brillo,

Desde aquella cabaña, convertida en refugio de enamorados, tan cercana al cielo que parecía estar "*construida dentro de él*", como decía la letra de una canción de la época, se disfrutaba de un paisaje paradisíaco aún no mancillado por las edificaciones incontroladas ofrendadas al turismo. Hasta allí llegaba el aroma balsámico de los pinares, manchas oscuras que se esponjaban con la brisa; se divisaban los acantilados de la costa y a sus pies, bajo un sol centelleante, el mar, un bruñido espejo por el que navegaban las nubes. A veces, a lo lejos, y como tributo al tópico inevitable, alguna embarcación difuminada por la bruma marítima se perdía en la línea del horizonte.

Antes de comenzar la obra de la carretera contribuían a la serenidad del entorno el silencio reinante, el canto de las aves, el zumbido de los insectos, el grito de las gaviotas, el susurro del mar… Después la placidez fue rota por el estruendo de las explosiones de la dinamita que, abriéndose camino entre los árboles, se multiplicaba por el eco en las montañas, aterrorizaba a los pájaros que huían despavoridos y a quienes no conocían que se estaba construyendo la carretera.

Me dice Maruja que su marido, que era un hombre muy generoso, sufría por la dureza y los riesgos que conllevaba aquel trabajo, viendo a los hombres siempre doblados hacia la tierra, manejando los picos y las palas, sudorosos y agotados. Y me recuerda, y destaca que Manuel estuvo siempre con los menos favorecidos por la vida y que la denuncia de la explotación de los humildes, es una constante en su obra.

Uno mira a los hombres mientras pasa la lista,
observa que son todos iguales a uno mismo,
con el pelo teñido del polvo del camino
y la frente plegada como un cartón antiguo

Para desplazarse por aquel terreno abrupto, "*Soy del camino y del camino vengo",* Manuel se valía de una bicicleta; con ella bajaba por una angosta senda abierta entre los pinares hasta El Portichol, donde se abastecía de los víveres que reclamaba la despensa familiar, y hasta Jávea a recoger la correspondencia. Un joven peón se encargaba de llevarles la leche y la leña para el hogar.

Sin agua corriente, sin luz, sin teléfono, jovencísima y sola durante muchas horas, Maruja, que me asegura que nunca tuvo miedo, aprendió a cocer pan en el horno moruno; a cocinar con leña sobre las trébedes en la misma chimenea en la que en los días fríos ardían y chisporroteaban los troncos rojos y cristalinos; a sacar a pulso el agua del aljibe que carecía de roldana; a lavar la ropa en la pequeña pila… y a esperar, como una princesa de cuento prisionera en un castillo, el regreso de su enamorado, que llegaba al atardecer cabalgando en su corcel de dos ruedas, agotado por la demoledora jornada. Después de cenar y comentar las incidencias del día, repuesto un tanto del cansancio y fumando su indispensable pipa, a la luz del quinqué Manuel solía leer a su esposa poemas propios y ajenos, le pedía su opinión sobre ellos; comentaban las noticias de las revistas que les tenían al tanto de la vida literaria, y las de las cartas recibidas, siempre numerosas, pues la actividad epistolar de Molina, una característica de su carácter, nunca decayó.

Mi esposa lee conmigo las cosas que me gustan
y entiende estos manjares –tan raro en las mujeres-
(…) Ella sabe que sufro porque gano muy poco
para ir caminando al compás de los tiempos,
pero tiene conciencia de que soy un poeta
y me limpia la pena con su clara alegría.

Dos veces al mes se acercaban a Alicante. Manuel tenía que dar cuenta del progreso de la obra y recoger el dinero para pagar a los trabajadores. Aprovechaban también el viaje para ver a familiares y amigos. Iban y volvían en el "trenet", siempre renqueante, porque la ayuda ofrecida por el gasógeno que soportaban sus espaldas no era lo bastante fuerte para arrastrarlo con rapidez.

Así pasaron tres años. Veranos de siestas calurosas acunadas por el áspero canto de las cigarras; noches tomando el fresco en el pequeño huerto a la luz de las incontables estrellas que invadían el cielo y de una luna curiosa que parecía vigilar a la pareja; inviernos de días cortos y grises luchando contra el frío al calor de la chimenea; otoños lluviosos que aprovechaban los pinos para desprenderse del polvo acumulado en los días de viento; primaveras tempranas en las que florecía el almendro del huerto…

Solos, felices y enamorados… Maruja se interrumpe, queda pensativa unos momentos recordando, recordando…

El tiempo es una estela,
un segundo de sombra
hacia la luz eterna de la cumbre,

* * * *

Acabada la carretera, el joven matrimonio volvió a Alicante. Se instalaron provisionalmente en casa de los padres de Maruja y Manuel aceptó una serie de trabajos precarios para el sostenimiento de su familia, que había aumentado con el nacimiento de su hija Marilé. En 1950 ingresa en la Caja de Ahorros del Sureste de España, donde

permanecerá hasta su jubilación. En ese mismo año nació su hija Clemencia. La llegada de sus hijas colmó de felicidad al matrimonio, expresada una y otra vez en sus poemas

Llegaron los jardines y los niños
a ponerle al paisaje la ternura
que necesita el mundo de los vivos.

Me dice Maruja que volver a Alicante supuso un gran cambio en su vida, porque de la soledad del campo pasó a ver frecuentemente la casa llena de amigos, y un vuelco radical en la de su esposo que pudo abandonar el trabajo extenuante de las carreteras y dedicar todo su tiempo libre a la labor vocacional y gratificante de la literatura.

En Alicante, Manuel Molina, volcado en su propia obra y en su faceta de animador cultural, impulsó, solo o con otros poetas y escritores, la creación de nuevas revistas literarias, sin rendirse ante los problemas que había que vencer a la hora de publicarlas aunque en algunos casos constaran de una sola página: las reiteradas visitas a centros oficiales, las subvenciones solicitadas, las aportaciones económicas de los propios promotores, la búsqueda de colaboradores y suscriptores… Participó en la revista melillense Manantial y en la universitaria Raíz, donde figuran sus poemas junto a los de poetas tan prestigiosos como Juan Ramón Jiménez, Pablo Neruda o Leopoldo de Luis; en el semanario de la Costa Blanca, La Marina; en los diarios La Verdad y Primera Página, sin olvidar su generosa aportación a los *llibrets* de las fiestas de Hogueras y de Moros y Cristianos. Intentó la recuperación del grupo Silbo, Creó Ediciones Ifach con Vicente Ramos, con quien había colaborado anteriormente en las revistas Sigüenza y Verbo. Fue conferenciante, contertulio, jurado en algunos premios, Socio fundador del Club de Amigos de la UNESCO y del Nuevo Ateneo, ambos de Alicante, intensificó el contacto con grupos artísticos y literarios locales y nacionales, añadió al constante trato epistolar, el personal en reuniones y veladas con escritores, poetas y pintores tan destacados en la vida cultural alicantina como Vicente Ramos, Rafael Azuar, Cesáreo Rodríguez, Manuel Gutiérrez, Gastón Castelló, Pérez Pizarro, Gaspar Peral, Vicente Mojica, José Albi, Melchor Aracil… Estableció una entrañable amistad con el joven poeta Carlos Sahagún y con Blas de Otero; continúo carteándose con casi todos los poetas nacionales de su tiempo y con algunos extranjeros. Especial mención merecen los españoles ganadores del premio Nobel, Vicente Aleixandre y Camilo José Cela, quienes siempre le demostraron su afecto, y en 1968 fue nombrado miembro del Instituto de Estudios Alicantinos.

Fueron años de una intensa actividad cultural en los que no abandonó su propia obra y publicó sus poemarios: Hombres a la deriva; Camino adelante, Versos en la calle, El suceso, Mar del miedo, Coral del pueblo, Veinte sonetos típicos, Balada de la Vega Baja, La Belleza y el Fuego, Versos de la Vida, Protocolo Jubilar y Rezuma, amén de sus trabajos en prosa.

El amor, la amistad, la denuncia de las injusticias sociales, la lucha para rescatar del olvido a los amigos desaparecidos, el paso del tiempo, son temas recurrentes en su obra.

Una vez leídos, releídos y disfrutados sus poemas en la obra Versos Escogidos (edición de Cecilio Alonso), de todas las definiciones que Molina hace de sí mismo en sus versos, me quedo con:

En las manos de Dios soy solo un hombre
un hombre solo que trabaja y sueña.

Comenta Maruja que su esposo era viajero por naturaleza; visitó Melilla, Marruecos, Portugal, Francia, Italia… El matrimonio también viajó, solo o con amigos. Recuerda el viaje Collioure y la emoción que les embargó ante la tumba de Antonio Machado. En Roma visitaron a Rafael Alberti y María Teresa León. También Manuel viajaba con la imaginación y, cuando los años fueron pasando y la salud se resintió, me dice su hija, se acercaba hasta la estación a contemplar la salida y entrada de los trenes, soñando ser uno de los viajeros.

Desde mi mesa pobre de trabajo
recorro los países más extraños
y veo luz de todos los tamaños
y las sombras de arriba y las de abajo.

* * * *

Es imposible hablar del poeta Manuel Molina, sin mencionar a Miguel Hernández, como puede apreciarse en este mismo texto, y recordar la amistad fraternal que los unió. Me recuerda Maruja Varó que ahora que han tenido lugar tantos actos conmemorativos del centenario del nacimiento del poeta, es difícil comprender la marginación que soportó durante años y que implicara arriesgarse a muchas complicaciones reivindicar su figura, lo que no detuvo nunca a su esposo, siempre luchando por rescatarlo del olvido. En 1951, con Vicente Ramos, gestionaron la publicación de "*Seis poemas inéditos y nueve más* de Miguel".

Me invita Maruja a conocer el despacho de Manuel, y me enseña montones de carpetas que contienen documentos y cartas aún sin clasificar, de los poetas con los que mantenía correspondencia su esposo: un auténtico tesoro para la historia de la literatura.

El despacho está presidido por una gran fotografía de Miguel Hernández que parece haber sido tomada durante una actuación o recital del poeta. Creo que la voz de Miguel, ese volcán en erupción, se suaviza en este despacho que tiene algo de santuario y adquiere tonos más íntimos y familiares: la voz de la amistad, la voz del recuerdo aderezada con ese punto de dulzura que hace más llevadera la nostalgia. Maruja y sus hijas han tomado el relevo de constante admiración y cariño al poeta que tanto significó en la vida de su esposo y padre.

Recuerda Maruja a Josefina Manresa y me habla del calvario que sufrió en la posguerra, enferma, en la miseria y olvidada de casi todos, y de las visitas que su esposo y ella le hacían en su casa de Elche. También Josefina, cada vez que venía a Alicante a visitar la tumba de su esposo, se acercaba a verlos y era muy difícil, y tenían que insistir mucho, para que aceptara quedarse a comer con ellos. Siempre llevaba un bocadillo en el bolso y decía que con eso le bastaba, hasta ese punto llegaban las carencias de aquellos años.

* * * *

Me parece que Maruja, que goza de una buena memoria, no es una mujer dada a la melancolía, sino que recuerda feliz una vida tan estimulante que le permitió conocer y entablar amistad con muchos de los personajes más destacados de la cultura de posguerra. Ella se acomodaba a los gustos de su marido, un hombre muy generoso y comunicativo, vuelve a decirme, porque respetaba el amor incondicional que tenía a su trabajo; a veces le acompañaba en alguna de sus reuniones literarias; en otras ocasiones, éstas se celebraban en su propia casa y procuraba ser una buena anfitriona. "*A estos hombres atrapados por la pasión literaria hay que saber adaptarse; en cambio, a su lado nunca te aburres.",* afirma convencida.

Manuel Molina agradeció la ayuda de su esposa como él mejor sabía, con sus poemas:

ESPOSA de mi sed, tierra sombría
que cobija mi fruto y que lo mece,
árbol que en mis raíces crece y crece
con más frondosidad, día por día.

Con tu alma de fe alzas la mía
al país de la luz donde amanece
el gallo juvenil que reverdece
la esperanza que tuvo mi alegría.

Esposa vinculada paso a paso
al camino que sigo y que persigo
como un alucinado o como un ciego.

Tuyo es el corazón donde me abraso;
porque lejos o cerca estoy contigo,
llama prendida al tronco de este fuego.

Maruja Varó es esa gran mujer que acompaña siempre a un hombre que destaca. Me siento muy agradecida por la paciencia que ha tenido conmigo hablándome con tanta sinceridad de su vida. Ha sido una experiencia muy cordial e interesante que he intentado transmitir lo mejor que sé, en este escrito. Espero que tengamos ocasión de nuevas conversaciones. Gracias, Maruja.

María Rosario Mohinelo

EL MUNDO POÉTICO DE MANUEL MOLINA

Manuel Molina, que vivió entre los años 1917-1990, sigue aún diciéndonos su verso, que brotó limpio, puro, bravo, abierto a todo viento y permeable a tantos soles de la vida. Aunque a quienes quieren ser rigurosamente modernos les pueda parecer extraño, -allá ellos-, la obra y figura de Manuel Molina suscitan nuestro interés y nos siguen convenciendo. Como muestra de lo que digo, ahí está nuestro excelente pintor y amigo Antogonza dedicándole unas preciosas y profundas ilustraciones que son por sí mismas penetrantes retratos del cosmos poético de Manuel Molina. Ahí están también esas páginas de respetados estudiosos universitarios alicantinos, que nuestra revista publica hoy.

No obstante y para matizar como corresponde, debemos recordar que el lugar donde pasó Manuel su primera juventud, la Orihuela inmortalizada por Gabriel Miró en sus obras, no era en aquellos tiempos un faro de ilustración y cultura: contaba con alguna tertulia literaria, el círculo de Acción Católica, el colegio de Santo Domingo, el casino y poco más. Sí, allí vivía Miguel Hernández, con quien Manuel Molina tuvo algunos contactos, pero Miguel estaba deseando irse a otro mundo más grande, buscaba triunfar en Madrid y luchaba denodadamente por conseguirlo**.** Luego vendría el sangriento paréntesis de la guerra civil y aquellas esperanzas y ambiciones juveniles quedarían destruidas y arrinconadas por mucho tiempo.

Si a estos dos hechos se le suman, por una parte, los duros años de una posguerra encerrada en sí misma, con ediciones de autor que no se distribuían, con los escasos contactos que pudiera tener Manuel Molina con el mundo literario de Madrid o Barcelona, así como una cierta indiferencia ante los –ismos que se sucedían vertiginosamente unos a otros en los años 60-80, mientras él vivía y escribía desde Alicante, tendremos que preguntarnos forzosamente qué tienen los versos de sus obras para que todavía hoy nos sigan diciendo la verdad de una vida, el clamor de un tiempo vacío o el amor ardiente a la tierra natal.

Su primer libro importante aparece en 1950 y se titula *Hombres a la deriva.* Muy pocos años antes (1947) Dámaso Alonso había publicado *Hijos de la ira,* que supuso un aldabonazo en la conciencia del garcilasismo y otras muestras de la poesía “arraigada”. El libro de Manuel Molina tiene mucho, no de Dámaso, sino mucho de inconformismo social, existencial y esencial. Nuestro poeta se rebela contra un mundo que no está bien hecho, mundo en el que la angustia es el pan nuestro de cada día y donde el hombre muere en el silencio o en el desamparo. Este planteamiento se nos muestra dos planos: la amargura existencial y una probable amargura política. Es posible esta interpretación de una poesía hecha con mucha sutileza, con giros alegóricos cuyo significado nada más pueden percibir los iniciados, los que están acostumbrados a leer entre líneas y saben que el poeta siempre apunta un poco menos abajo o un poco más alto, pero burlando siempre el lápiz rojo del censor.

Recurre Manuel Molina en este libro a los versos asonantados formando series, con versos libres hechos con endecasílabos, alejandrinos u octosílabos, con sonetos perfectamente conseguidos, para decirnos cuánto desengaño puede encerrar la vida del hombre y con cuánto fracaso nos hemos de encontrar día a día, por un designio cuya procedencia ignoramos.

Merece la pena destacar la valentía y la honradez que nos demuestra sólo con componer y publicar, en el año 50, su Carta abierta a Miguel Hernández o sus poemas dedicados a Vicente Aleixandre o Antonio Machado, poetas depurados y castigados políticamente en aquellos años.

Nos gustaría detenernos más en las novedades que aportan sus libros siguientes, pero no es posible. Nos tenemos que contentar con recordar la honda raigambre social que sugieren estos títulos *Camino adelante* (l953), *Versos en la calle* (1955) y *Coral del pueblo* (1968) De este último libro es imprescindible recordar la ternura y el realismo con que el autor crea y se duele con la figura de *María Rodríguez Torres*, casi hermana de *El niño yuntero*, de M. Hernández. Sus *Sonetos tópicos* (1970) demuestran que no lo son ni mucho menos: cansado de la pureza que suelen ofrecernos desde el siglo XVI, no los suyos, se entrega a la completa recreación de sus contenidos: por eso no olvidamos el que comienza “Se llamaba Manuel, murió en la guerra, / y

continúa en el verso noveno /Se llamaba Manuel, sin apellido…/ Catorce versos conmovedores, honrados y arriesgados.

Deliberadamente hemos dejado aparte, como una importante novedad suya "los guiñoles" que van apareciendo en algunos de sus poemarios. Si Valle renovó el teatro con sus esperpentos, Manuel Molina hace algo parecido con la poesía. Los títulos ya indican ese intento en la temática y en el lenguaje: *Guiñol del peón caminero*, *Guiñol del hombre sombrío, Guiñol del vagabundo, Guiñol* de *los leprosos de la envidia*, *Guiñol de la ciudad*: *Oda a los falsos*.

Los define Molina, como antes hiciera también Valle, y lo hace así: "*Ha terminado la primera parte de la fiesta. Hasta aquí los muñecos han representado las lacras humanas, los pecados capitales del hombre… En la segunda parte… la humildad, la paciencia y sus amigos, darán la réplica debida a estos grotescos personajes que has soportado, pacientísimo lector mío.* "Hasta podemos permitirnos hablar de los más recientes "antipoemas" de Nicanor Parra, en los que utiliza una lengua deliberadamente prosaica y cargada a veces de un cierto onirismo. Viene a decirnos Manuel Molina, casi proféticamente en el año 1955, que no podemos andar con galanterías o epitalamios rosas porque el hombre sigue siendo un lobo para el hombre y porque la flor que nace está condenada al destierro o a ser pisoteada de las gentes.

Manuel Molina ha sabido llevarnos por sus versos a un lugar en el que el sol alumbra los paisajes y denuncia las sombras de la vida y el hombre deja sus palabras en ese campo árido que se abrirá a las flores del almendro. De ahí que sea uno de los nuestros, un autor que día a día nos sigue diciendo su palabra más viva.

Juan Vicedo

Así

Así, debajo de la luz fue todo
debajo del amor
sin ruido.
Así, oculto de la luz tú fuiste
ardiendo por amor
un fruto.
Así, espacio, humanidad
dormida.
Así, en medio de la Tierra
tú, Manuel Molina al fin
sin lutos.

Julia Díaz Climent

LAS FIESTAS DE “MOROS Y CRISTIANOS” EN LA POESÍA DE MANUEL MOLINA

Existen poetas que consideran su labor poética como un oficio que les identifica con el pueblo, con la sociedad, con la gente, y ese trabajo significa que la voz del poeta ha de expresar tanto el dolor como la alegría, tanto el momento de infortunio como el de la fiesta.

Uno de esos poetas populares es Manuel Molina.

Los “Moros y Cristianos” son unos festejos celebrados y vividos con intensidad en innumerables lugares de la Comunidad Valenciana. Y en la ciudad de Alicante singularmente en los barrios de Altozano y de San Blas.

En el año 1981 se iniciaron los “Moros y Cristianos” como fiesta de toda la ciudad. Y Manuel Molina, como poeta enraizado en la cultura festera de su pueblo, participó en la Revista Oficial de Moros y Cristianos. Lo hizo con dos sonetos: “Contemplación” (dedicado a Alicante) y “La pintura de Enrique Lledó”, excepcional artista.

El siguiente poema, de 1982, llevaba por título “Danza árabe” y estaba ya impregnado de la emoción de una fiesta que conmemoraba los 800 años de lucha y guerra, y que es lo que los historiadores denominan “La Reconquista”.

En 1983 su poema fue “Trilogía de Moros y Cristianos” y eran tres preciosas décimas que comenzaban con estos versos:

Mediterráneo: Señor
de los mares de la vida
con tu alegría subida
hasta el colmo de la flor.

La revista de 1984, magníficamente ilustrada por Gastón Castelló y por Antogonza, publicó unas coplas de Moros y Cristianos.

Con una poesía titulada simplemente “Desfile” se incluyó el nombre de Manuel Molina en la edición del año 1985.

Nuestro poeta, lleno de cortesía poética hacia la Mujer, dedica a la “Reina Mora” un sugestivo soneto en el año 1986:

El fiero azul del mar alicantino
puso en tus alas sedas de paloma
y ha dorado tu piel el sol que asoma
por la cresta del cielo matutino.

El año 1987 se celebraron los festejos en el mes Agosto, aunque hasta entonces se celebraran en Diciembre y fue su colaboración un poema: “Paso a paso, Letanía de Moros y Cristianos”:

Vuela el humo de la tarde
bajo la sombra de plata
y una sonrisa de oro
por el aire se dilata.

En 1988 apareció el poema “Pasacalles” que evoca la pieza musical ”El Chocolatero”, imprescindible en los pasacalles festeros.

1989 fue el último año que se celebraron los festejos y que se publicó su Revista; puede decirse que esta fue una fiesta malograda y quizás en otro lugar se puedan analizar las causas.

En esta última edición el poeta publica “Banderas de Verano”:

Banderas y abanderados
por la atardecida marchan
redondeando la tarde
con la espuma de su gracia.

Todos estos hermosos versos dignificaron, embellecieron y exaltaron la tradicional conmemoración antropológica de unas gestas que magnificaron a un pueblo en el que confluyen razas, creencias y culturas, y dieron exacta medida de la valía y poder creativo de Manuel Molina Rodríguez.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Sinfonía rota

No conocí a Manuel Molina,
no conocí sus versos hasta ahora.
De su obra me quedo los poemas
de melancólica añoranza.
Leo sus versos de amigos
llenos de nostalgia que reclamo,
llenos de nostalgia y sufrimiento
de un tiempo que quedó en la aurora
de un tiempo que se muestra
en los hospicios del olvido
enterrado.
La melancolía se adueña de mi alma
al leer sus notas en sonetos
vuelvo las páginas de su esencia
por sendas de bosques deshojados.
Paso entre murmullos de sus muertos
que atribulan mi ánimo
partido por la espera de un tiempo,
quebrado en cristales transparentes
al aliento que exhalas.
Había muertos tirados en los campos
había vivos que bebían las burbujas
de hieles crecidas en el atril
de tu sinfonía rota.
Yo te espero
dormida entre naranjos:
de azahar son los recuerdos,
de espuma es la memoria,
frágil es el aliento que te extraña

Airam Lebasi

FOTOGRAMAS EN RE MAYOR

“Tengo que elegir”, pensaba ella (es decir, yo) sentada en el sofá del salón, mientras Mari entrevistaba a Maruja Varó, tu esposa; o mejor dicho, la dejaba hablar, contar lo que quisiera, formulándole de cuando en cuando alguna pregunta orientativa. Entretanto, Manolo departía con tu hija Marilé en otra estancia sobre publicaciones de tu obra y otras cuestiones de tu vida; (lo imaginaba ella, es decir, yo, porque aquella visita, estaba concertada previamente, con día y hora).

Pero ella (yo) era la montadora de la revista, comprometida a elegir de entre las fotos del álbum familiar, las más apropiadas para ilustrar los textos; así que pensaba ella (es decir, yo) “Tengo que elegir”.

Varios nutridos álbumes reposaban herméticamente cerrados sobre el regazo (mi regazo). “Vamos a ver; adelante visión selectiva”, me dije (se dijo). Y en un instante se hizo el silencio. “Adelante, visión de halcón, alta, expandida y penetrante” ordenó a su mente (mi mente, claro; porque soy yo la montadora que no tiene ni pajolera idea de maquetación). “Tengo que elegir seis o siete fotos”, pensó ella (y pensé yo); “mejor en blanco y negro”, (decidimos de común acuerdo) de tal manera que el ojo del halcón sólo vea la presa que le interesa.

Cuando sobrevino aquel magistral silencio, ella, el personaje (no yo) fue pasando páginas. Entonces emergió la música; acordes en re mayor, acompañaban a las imágenes impregnándolas de sonoridad sinfónica. Decidió ella (es decir, yo) desechar cualesquiera fotos en color y despojarte, Manuel, de todo escenario, capturar la imagen neta, rescatar únicamente los instantes puros, esenciales. Desfilaron así ante los ojos (suyos pero míos), rápidamente y a todo color, meriendas en el campo, niños, cumpleaños… hijas y nietos.

Ella (mi sosia) prestaba sus ojos, pero era yo quien miraba las fotos indagando en las grietas del tiempo, buscando solamente los fotogramas en re mayor, los solemnes y elegantes, los que habían atrapado algo indecible, algo innegable, cierta mirada, acaso un guiño o una contención del gesto, alguna picardía, algún te-pillé burlón o engañoso. La montadora (aunque es ahora ojo obediente, también pregunta), se presta cómplice al juego de buscarte en el claroscuro de esas fotografías en blanco y negro, puramente, pero con matices delicados, a veces abruptos, que rompen con un destello el brillo del silencio.

Sigue un tempo stacatto envolviendo el salón y el halcón (la mirada penetrante) sobrevolando aquel espacio. Mari picotea apuntes en su cuaderno. Es una magnífica reportera, pero yo (es decir, ella, la maquetadora que no sabe maquetar) es halcón inquieto en vuelo, avizorando el más mínimo indicio que delate una presa sustanciosa. ¿Dónde está Manolo? ¡Ah, sí! En un despacho contiguo, continúa su indagación con tu hija.

Escoge ella (con mis manos mediadoras) un total de seis fotogramas, en re mayor. Poco legado seleccionado para narrar una vida, lo sé. La montadora (desobediente personaje es muy profesional para estas cosas, se esfuerza mucho, pone en ello toda su sagacidad), quiere alguna otra, pero el halcón (o sea, yo) no la deja rebuscar más. ¡Para qué! cuando tenemos limitado el número de imágenes. Los de la imprenta son unos canallas que no nos permiten excedernos jamás; sólo saben poner limitaciones y alargar la mano…

Desciendo del vuelo; ella (personaje que a veces obedece y otras veces no) cierra los álbumes y me deja por un momento, para que sea yo quien contemple detenidamente aquellos fotogramas en re mayor que me darán la fama y el éxito más rotundo como escritora (encerraré al personaje bajo siete cerrojos y echaré la llave al mar, tan en lo hondo, que ni Matarile la encontrará; así ella permanecerá definitivamente muda).

Agrupo las imágenes al tuntún y vuelvo a contemplarlas pausadamente, una por una; porque hay que hablar con esas fotografías, preguntarles antes de que llegue el sepia (monstruo abisal), las amarrone y se transformen en tiempo. Hablan todas al unísono tan inquietas y comunicativas que tengo que ponerlas unas sobre otras, solapadas, para poner orden en ese vocerío y en tantos acordes delirantes en re mayor que nos envuelven.

Primer fotograma. ***En pareja***

Ahí vais Maruja y tú de paseo por la calle. ¡Parecéis tan jóvenes y elegantes! Debería eliminar con el photoshop ese fondo hostil tan urbanita, para que destacara la sonrisa recién nacida de Maruja; lo siento pero sé tanto de programas informáticos como de física cuántica (es decir, nada) Aquí, en ese instante, sonríes con cierta timidez Manuel, y de soslayo miras su risa franca; ella avanza al ritmo de los sentimientos acompasados, consensuados, de tu paso;. Os imagino bellos, alegres paseantes bajo el sol alicantino. Porque es verano, domingo de estío bravo y soleado; lo percibo claramente pues llevas traje de tejido fino y además llevas abierto el cuello de la camisa en tanto que ella luce calzado liviano a dos colores conjuntando con el vestido camisero. Y en el pelo lleva prendida una flor.

Tal vez es una foto de novios o de recién casados, pues la cómplice alegría de ambos rostros rezuma frescor, resalta inmaculada, sin recuerdos dolorosos, limpia en el esfuerzo, tibia sobre el andamiaje de una incipiente o futura vida juntos.

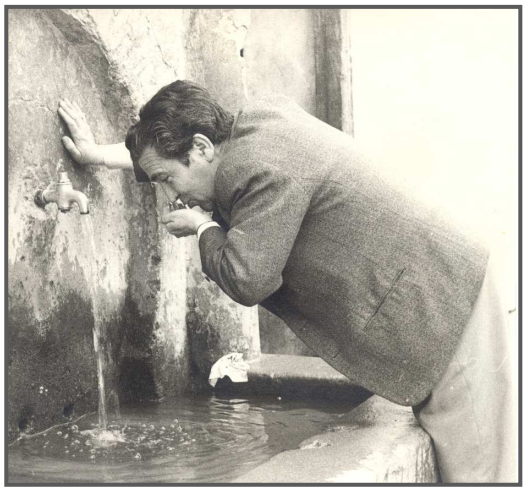
Segundo fotograma. ***Bebiendo***

¿Ésta?… ésta será para ilustrar los recuerdos de tu hija Marilé (nada digo de tu otra hija pues no he llegado a verla ni he hablado con ella).

Trae la imagen un aura pueblerina que hace disolverse el arpegio en re mayor del agua en otro menos solemne; acaso si bemol menor. No sé (tampoco entiendo mucho de música), es algo que me nace de dentro, que fluye sin obstáculo en mí y que no tiene explicación razonable.

También ahora una sonrisa se desliza, no en los labios, sino en los ojos, aunque sobre tus cejas se perfile todavía el mar de pliegues de no se sabe qué incertidumbres o temores.

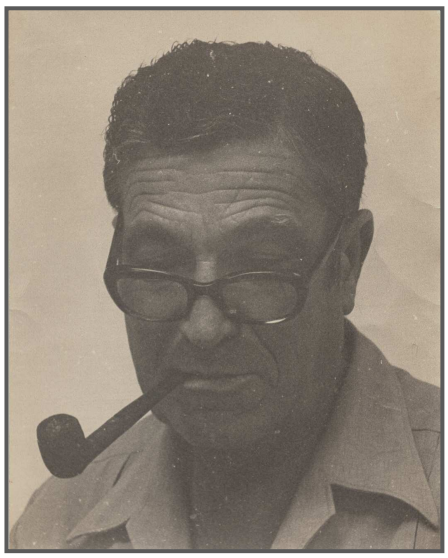
Aquí, el agua te roza íntimamente y tú vences su empuje reposando la mano sobre la piedra.



Tercer fotograma. ***Retrato con pipa***

Esta fotografía engalanará el centro de la revista, justamente donde ubicaré tus poemas y los cuadros de Antogonza. Perfecto; es una foto perfecta para ello, pues estás con la pipa, especie de enseña que todos reconocen muy tuya.

El rostro, fruto carnal ya madurado, ocupa casi todo el espacio. En ese primer plano miras hacia abajo, pero no es que pretendas ocultar la mirada; estás, sin duda, leyendo (las gafas cabalgan sobre el puente de la nariz como un objeto deslizante), pero hay algo marcado en la frente, como un fluir de olas temerarias, acumuladas de tiempo inmemorial, que se pliegan y entrechocan. El gesto es complacido (el texto que lees te agrada) pero hay una precaución latente, como si algo pudiera herirte o te hubiera herido.



Cuarto fotograma. ***Con Rafael Alberti***

Hay en esta instantánea una madurez perceptible, un cambio en la serenidad de la frente. Tal vez el tiempo transcurrido ha transformado tanto la realidad patria, que ya no hay oleaje en esa frente; al menos, en ese momento el ceño no se ha fruncido, se muestra amplia, elevada, exenta de tensiones superficiales.

Hay en tus ojos un brillo diferente, de completitud, de satisfacción íntima y recóndita; adivino un pensamiento de guiños y guiñoles; ves la cosas con la mirada desprendida, allende el sufrimiento.

Alberti mira a la lejanía con ausencia de patria, acaso hacia su mar gaditano. El mar ha sido siempre su potro transgresor, evasor y galopante.

Pero es que estáis en Italia, entonces para Rafael, lugar de exilio.

Quinto fotograma. ***Maruja Varó***

¿Nutridas de qué misterios, enmarcan las cejas esa mirada hacia un punto lejano?

Un pliegue apenas enunciado confiere a la boca una sobriedad de pregunta y la aleta de la nariz retrocede buscando aire, aliento; está Maruja pensativa; los ojos ligeramente alzados trazan una ruta casi errática hacia un horizonte que se sospecha al fondo.

Tu semblante hermoso me despierta dentro un poema de Rilke; “Todo ser habita en el único espacio: espacio interior del mundo. Las aves vuelan en silencio a través de nosotros. Ansioso de crecer, miro afuera, y dentro de mí crece el árbol”. Estás ensimismada, tal vez ebria de mar, ebria de bosque, expandida como agua.

Ahora el pequeño pendiente confirma a mis ojos tu natural elegancia. En este instante, nada de ti sobra, nada de ti falta, estás completa, sólida y al propio tiempo tremendamente cristalina. Sólo lo que tus ojos guardan se me escapa, porque no soy quién para indagar lo que tras ellos hierve.

Sexto fotograma. ***En el despacho***

Algo me dice que te tomaron por sorpresa, que te levantaste de la mesa de trabajo y zas, sacaron la instantánea. El ademán, comedido, pero con cierta precipitación hacia delante, dice que te tal vez te habías levantado a buscar otra pipa de tu colección. Pero eres un hombre de gestos moderados y no quisiste mandar al fotógrafo a hacer puñetas.

Una cierta fatiga se insinúa en tu cara (ya peinas canas amigo Manuel); la existencia te ha lavado y te ha planchado (ahí está el truco) como a todos los que inevitablemente somos criaturas humanas.

Mari ha concluido su conversación con Maruja. Van disolviéndose en el ambiente sostenidos y bemoles, re mayor y si bemol se desvanecen. Acudo al cuarto de al lado donde Manolo ha dado fin a sus pesquisas y mantengo un breve diálogo con Marilé. Me dice que los domingos les contabas el cuento interminable de la cabrita Coral. Yo les contaba a mis hijos el de la ballena Filomena (es que en mi infancia he cruzado los mares y por eso soy lenguaraz y marinera).

Tiempo es de despedirse de tus seres queridos, Manuel, e irse con la música a otra parte; pero antes de marcharme, tengo que rescatar a la pobre montadora que no ha dicho ni pío; heladita estará en el fondo del mar con Matarile.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Sonetos a Manuel Molina (*)

Gran Otoño

Aquí has dejado, poeta, tus despojos,
tu palabra y tu pipa, voz y canto,
y la luna, sin pena y sin quebranto,
a quien dices tus versos, tus enojos,

contemplándose sigue en otros ojos,
tu corazón ajeno al postrer llanto,
viéndose en otras fuentes, entretanto
se perdieron tus sueños entre abrojos.

después del gran otoño nada queda
y nueva primavera nunca alcanza
al seco árbol de amor en la arboleda

donde gritan gaviotas por el cielo
que, olvidada en la mar toda esperanza,
solo quedan las hojas por el suelo…

Noche en duelo

Roto al amanecer tu canto y vuelo
te abrazas a la sombra que te espera
y tu angustia es el mar en la escollera,
en su dura resaca sin consuelo.

Perdidos en tus ojos tierra y cielo
Queda en tu corazón la noche entera.
Miras la muerte allí, luna de cera,
y es tu pesar el de la noche en vuelo.

En ansia, en soledad, en desencanto,
se oscureció tu luz en la mirada
y se perdió tu ser en pena y llanto…

Rugió el trueno del mar en tu agonía
en aquella terrible madrugada,
y tu alma se quedó muda y vacía…

Duda

Galope de la muerte en el estribo
de la nada en tu sombra tengo miedo.
si Dios no existe, nada esperar puedo
que no pueda esperar el verde olivo.

Porque cazo en tu coto de furtivo
en la red de un azar sutil me enredo,
lucho en mi fe con ansia y con denuedo
que solo en el dolor soy un ser vivo.

Muerte es igual que vida porque el alma,
ansiosa de vivir en otra esfera,
flotando entre tus sueños queda en calma…

A la verdad la duda desafía
que si crees en la muerte, es verdadera
y si no crees en Dios, es fantasía…

Interrogación

¿Es tu aventura tiempo, que no historia?
¿Fue tu vida la vid perecedera?
¿Murió en tu corazón la primavera?
¿Dónde quedó escondida tu memoria?

¿Es tu alma ya sin luz sombra ilusoria?
¿Es tu muerte una muerte verdadera?
¿Volveré a ver tus ojos cuando muera?
¿Es mi ansia celestial afán de gloria?

¿A dónde tu alma fue si el alma es vida?
¿Encontró tu esperanza en Dios su rama?
¿En qué lugar del ser la nada anida?

¿Eres un ser tan solo por mi anhelo?
¿Qué es el eterno amor que a tu amor llama?
¿Dónde está la razón, dónde el consuelo?

Sueños calcinados

Los huesos por el tiempo devorados,
la fuente de la sangre, seca fuente,
dormido el corazón, seca la mente,
de la pasión los labios, ya sellados,

los encendidos ojos, apagados
en noche sin estrellas y silente,
congelada sin voz la carne ardiente,
los anhelos y sueños calcinados,

mientras las almas van a no sé donde
y Dios en el silencio se ha escondido
y en nuestra soledad amor se esconde,

mientras el tiempo trepa como hiedra
en una primavera sin sentido,
duermes el sueño eterno de la piedra.

Río Segura

En espectral memoria sumergido
hoy contemplo temblando tu pupila,
el cuerpo de los árboles en fila
que en aguas del Segura he percibido

en sombra de la nada … Al cielo erguido
tu rostro iluminando se perfila
y el viento del sureste sueños hila
por el Mediterráneo enfurecido.

Sabiendo que la mar cercana espera
escucho melancólico su canto,
en éxtasis del tiempo, en la ribera…

En la ebriedad de Dios, y sin sosiego,
se queja como el agua en blando llanto
mi corazón vidente, pero ciego.

José Antonio Suárez

(*) Los sonetos seleccionados obtuvieron en 1992 el Premio Nacional de Poesía MANUEL MOLINA, convocado por el Ateneo Científico y Literario de Alicante y están dedicados a su memoria.

UN POETA DEL SIGLO XX

El pan, uno de los alimentos elaborados por el hombre en los albores de su existencia, va a ser aquí el lazo de unión del pensamiento que alimenta el espíritu. Un grupo de muchachos, en Orihuela, en la calle de Arriba, en los años treinta, se reúnen para leer y comentar las corrientes poéticas que surgen en la capital en aquellos días. Los atrae el grupo que aparece en Madrid y que homenajea a Góngora. Llegará hasta nosotros como la generación del 27. Esta corriente está compuesta por los nombres de los que van a ser famosos en el mundo apoyados y bendecidos por Juan Ramón Jiménez y otros famosos poetas de esa época.

Los aventureros de la lírica de Orihuela se agrupan alrededor de un poeta de cuyo nombre dependerá su unión. Miguel Hernández. Están al tanto de las nuevas corrientes que leen con avidez, además de la lectura de los clásicos que les facilitan en las pequeñas librerías y los amigos. Escriben y se leen unos a otros. La tahona de los hermanos Fenoll es el cenobio que acoge aquel banquete que nutre al grupo de ideas convertidas en octavas, cuartetas y sonetos. Ya tenemos harina y pan. La levadura es el tiempo. Entre ellos hay un joven, muy joven: Manuel Molina. Crecen sus sueños en consonancia con su admiración por los amigos. Leen de corrido poemas y comentan de otros autores y estudian los clásicos. El joven Molina es testigo fiel y activo de aquellas reuniones de las que toma nota y acompaña a Miguel en sus andanzas y sube con él a los apriscos. De estos paseos nace una intima amistad y admiración. Hay que recordar que los separan siete años y que aquel muchacho va a crecer en edad y en adoración por el amigo. Este ambiente poético, de lectura y exaltación a la lírica los alimenta tanto como el pan.

Estalla la República que llena de esperanzas e ilusiones a los poetas que esperan los cambios con ansiedad. Surgen las bibliotecas populares y las casas del pueblo facilitando la difusión de la cultura. Así transcurren los años de creación y de formación que pronto son tronchados por una guerra fratricida que va a echar por tierra los sueños del grupo. Mueren

amigos, a otros los encarcelan, enmudecen otros o se exilian. La melancolía de aquel muchacho que se llama Manuel Molina, que no sabe cómo encajar aquel desastre y busca su terapia en la escritura. Sigue escribiendo poemas en los que trasciende su melancolía y su pérdida. Los años de penuria llenan su existencia. Penuria en lo espiritual, torturado por lo existencial, y en lo material necesitado de los más básicos elementos, pero su evasión son los versos en los que vierte su esperanza de un tiempo mejor.

Son hermosos sus poemas a los amigos muertos. Al hombre desaparecido en las trincheras que toma cuerpo en "a mi amigo Manuel"*/Se llamaba Manuel, murió en la guerra, /sin pluma ni papel, analfabeto. /Nunca supo por qué. El parapeto /dividía los hombres en la tierra. /* y sigue en otros versos del mismo poema: /*Toda su vida fue una vida perra,/sin poderse parar ni estar quieto/* En otros clama el poeta en una Elegía del año 1945 /*Pasaste de un espacio a otro, / ocupado de lleno por misterios, ,/de penumbras y sombras revestido,/dejando una sucesión de pensamientos/,* e insiste en los años 1956 en una "Elegía al héroe de los vencidos" */ Pero un día sonó la luz hiriente / de un disparo de pólvora homicida /y al festín de la sangre concurrieron / los corpulentos cuervos terrenales /* En estos versos se pone de relieve el impacto que le causó la guerra, llora por los soldados muertos. ¿De qué lado estaba Molina? No hay respuesta. Vive en el mundo que vive, no olvida a los amigos desaparecidos. Socorre a su amigo Miguel encarcelado y cuando muere, consumido por su ausencia, escribe: */Estás en la otra orilla de la nada, / has encontrado el bien de lo futuro, /no sabes de esta vida desligada / de todo lo más noble y lo más puro/* En otro verso dice: /*Aquí están los ángeles de luto, / aquí mueren los hombres cada día/.* Hay otro tipo de poemas en los que subsiste la melancolía que trasciende a través de revistas y artículos. Su labor de testigo que responde de una época que recuerda a los nuevos, e insiste en resaltarla, para evitar el olvido. Su estilo es difícil de encasillar y no soy lo suficiente versada para hacerlo. No podemos decir que su poesía es de preocupación social, sino que es íntima, y en determinados momentos pesarosa o gozosa. Rindo homenaje al hombre y al poeta.

Airam Lebasi

A LA DESARBOLADA GENERACIÓN DEL 50

(Diálogo en el tren)

Demasiado delgados,
y con traje de domingo y corbata requerida
buscan en los “Juegos Florales”
con ilusión que los salve de apuros
de penas y de otros menesteres.

Unos a otros se animan.
Suben de un salto al vagón de tercera:
no hay para más.
Y hablan y ríen y se animan.
De pronto, asoma el revisor.
Dos no llevan billete.
—¿Qué, de merendola?— pregunta el funcionario.
No —contesta Molina quitándose la pipa contrariado—.
Vamos a los “Juegos Florales” de Jumilla.
Unos a otros se miran.
Seguro que los hacen bajar,
aunque ya son expertos en saltar del tren en marcha.
Pero esta vez, intentan enredar al hombre de la gorra:
—Oiga, vamos de ejercicios poéticos y usted nos
cobra como si fuésemos a una final de Copa—dice uno en voz alta.
Condescendiente, el empleado hace la vista gorda.

Ramos aprovecha y lee trozos escogidos de Miró y Azorín.
Entre poema y poema se cuelan las penurias cotidianas.
Paco Salinas, el poeta “relámpago”
como lo llamaban en su pueblo, se lamenta:
—Los “Chiquitos” me piden pan, pero del blanco,
no son tontos los jodíos, y yo necesito
una bicicleta, aunque sea de segunda mano,
para ir a afeitar a la huerta.
Sahagún, el más joven de la manada,
comentaba, cuando un médico
le preguntó por su profesión:
-Filosofía y letras.
-Pero ¿padece de algo más?

Santiago Moreno, en su sillón de ruedas
permanente y en su línea mística, dice:
-Yo también tengo goteras en mi casa
y comemos “sopaprisa” casi todos los días.

— Pero la vida es más goce intelectual que físico,
así me lo dijo un coronel de sanidad.
—Sí, sí—añade Bautista—, pero mi estómago
hace ya mucho tiempo que no goza
de un cocido con pelotas, como Dios manda.

Tren “granadino”: humo y carbonilla.
Testigo vivo de un pasado de hombres-poetas
que llenaban de esperanza y fantasías
estribos, pasillos y vagones.

Mati Bautista

Soneto a Manuel Molina

Buscó Manuel, en tiempo triste y frío,
la primavera alegre y soleada,
buscó Manuel la infancia recordada
en las lejanas tardes del estío.

Manuel sólo encontró un escalofrío
cuando buscó el calor de la alborada,
y, si soñó una patria liberada,
sólo encontró un solar hosco y sombrío.

Sólo en la paz secreta de su casa,
sólo entre los recuerdos de otros días,
le fue dado el vivir libre y sin tasa

sus escuetas y puras alegrías.
Sólo allí pudo hallar la primavera
que, con Miguel, soñó ¡tan verdadera!

Manuel Parra Pozuelo

HOMENAJE PÓSTUMO A MANUEL MOLINA

El día 22 de Febrero del año 1.991, tras el óbito de MANUEL MOLINA, que acaeció el día 29 de Diciembre de 1.990, el ATENEO DE ALICANTE convocó a varios amigos del ilustre poeta a un pequeño pero merecido homenaje.

Presentó a los participantes el Presidente del Ateneo, JOSE ANTONIO CIA, magnífico pintor creador de una técnica pictórica denominada "Reflexismo", caracterizada por la manipulación de láminas metálicas, para conseguir mágicos efectos de color y de luz.

Comenzaremos por la figura de GABRIEL SOLER para informar de los escritores amigos de Manuel Molina que estuvieron en el homenaje.

GABRIEL SOLER, crítico de artes plásticas y conocedor de la vida artística y literaria de Alicante.

JOSÉ FERRANDIZ LOZANO, autor, entre otros trabajos, de una narración de humor titulada ¡Bendito sea el Pecado!, texto que no se divide por capítulos sino por sentadas, ya que debe procederse a su lectura en el retrete o W.C.

JOSÉ FERRANDIZ CASARES, que ya había sido Presidente del Ateneo y cuya labor era la de crítico teatral. Se le podía ver en un pequeño palco a la derecha del escenario, cuando se estrenaba alguna pieza escénica en nuestro Teatro Principal.

RAFAEL AZUAR CARMEN, escritor fecundo en todos los géneros literarios (novela, poesía, ensayo, etc.)

VICENTE RAMOS, Director que fue de la Biblioteca Gabriel Miró y autor de innumerables páginas llenas de talento, sabiduría y afán de investigación. En el acto pronunció su alocución personal además de leernos un poema enviado por la poeta Maite Pérez.

También participaron en el Homenaje GUILLERMO PALOMAR, sensible poeta y FRANCISCO ALONSO RUIZ, que esboza estas líneas como recuerdo, y cuyo poema se incluye en ésta misma revista.

Excusó su asistencia JOSE LUIS V. FERRIS, estimado novelista, poeta y autor de perfectas biografías, como las dedicadas a Miguel Hernández o a Maruja Mallo, la pintora vanguardista.

El homenaje fue un evento más de los celebrados desde su fundación por el Ateneo, que con todos los celebrados ha dado impulso a la creatividad de sus socios y amigos, divulgando el Arte, la Ciencia y el Saber.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Se fue Manuel Molina

Poema a Manuel Molina que falleció
el 29 de Diciembre de 1990, leído
en el Homenaje celebrado en el Ateneo
de Alicante el 22 de Febrero de 1991.

Porque tenía siempre el corazón
en el punto de amor de cada tarde
se fue Manuel Molina,
como queda el silencio o se va el aire.

Y, sin embargo, queda tanta pena,
qué amplitud más grande
de memoria o recuerdo,
donde el llanto no cabe.

Porque siempre tenía en el corazón
racimos de amistad queriendo darse
se nos fue en el silencio,
como un crepúsculo, un sueño o un paisaje.

No escribo en el dolor, sí en la esperanza.
Nunca puede marcharse,
irse del todo, un hombre que camina,
y se pregunta todo lo que sabe.

Con nosotros se queda, como un sueño
encendido de imágenes.
y sabemos de poesía y de nostalgia
en todo lo que existe y lo que nace.

Y es que tenía el corazón
en el punto de amor inacabable,
y a todos se nos fue Manuel Molina
como el silencio huye y queda el aire.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Puntos de venta

PRENSA. Plaza de América, nº 2. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, nº 14 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, nº 91. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4. ─ ALICANTE.
PAPELERIA AMORÓS. C/ Foguerer, nº 3. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA COMPÁS (Campus Universidad) ─ (S. Vicente Raspeig) ─ ALICANTE.
LIBRERÍA PISCIS. (Cehegín) ─ MURCIA.
LIBRERÍA GRAN VÍA. (Cehegín) ─ MURCIA.
PRENSA TÓMBOLA. C/Virgen de los lirios, 6 - ALICANTE
KIOSKO DE PRENSA. Avda. de Novelda, 96 – ALICANTE
LIBRERÍA RAÍCES. C/Álvarez Sereix, 11 – ALICANTE
LIBRERÍA CRISNA. C/Sirio, 17 - ALICANTE
LIBRERÍA CODEX. C/Santa Justa, 5 - ORIHUELA (Alicante)